

Martha Strauss Neuman      LA MISIÓN CONFIDENCIAL  
DE JOHN LIND EN MÉXICO

LOS AGENTES ESPECIALES APARECEN EN LA ESCENA MEXICANA

Para determinar la situación real prevaleciente en México, el presidente Woodrow Wilson decidió enviar agentes especiales que se dedicasen a investigar cuanto sucedía en el país. Esta decisión surgió de su profunda desconfianza hacia el personal del Departamento de Estado. Consideraba que muchos de los hombres que ocupaban puestos políticos eran aristócratas, productos de escuelas exclusivas de una sociedad "snob", o bien, imitadores de las clases acomodadas.

Bajo la categoría de agentes ejecutivos especiales en México, se encontraban aquellas personas cuya misión requería su permanencia en el país durante periodos considerables de tiempo. Así, George C. Carothers, León J. Cánova, John P. Silliman y John W. Belt, fueron agentes especiales durante la administración wilsoniana. Otros agentes importantes en México durante los años críticos 1913-1915, fueron: William Bayard Hale, Reginaldo del Valle, John Lind, James Keys, Paul Fuller, H. L. Hall y Duval West.<sup>1</sup>

A fines de mayo de 1913, llegó a México William Bayard Hale; desde un principio, sus despachos a Washington fueron sumamente alarmantes y en ellos expuso llanamente las graves dificultades por las que atravesaba el país, destacando principalmente el caos surgido como consecuencia de una economía profundamente deteriorada.<sup>2</sup> De Huerta opinó que era un borracho astuto:

El general Huerta es un anciano simiesco, de sangre india casi

<sup>1</sup> Joseph Allen Flores, *President Wilson's Agents in Mexico, 1913-1915*, Berkeley, University of California, 1959, 94 p. (Tesis microfilmada inédita), p. 7-9.

<sup>2</sup> Harry D. Hill; *Emissaries to a Revolution. Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, Baton Rouge, La., Louisiana State University Press, 1973, 394 p. ils., p. 33-9.

pura. Casi puede decirse que vive gracias al alcohol. Borracho o medio borracho (nunca se encuentra sobrio), jamás pierde perspicacia. Ha sido toda la vida un soldado, y uno de los mejores de México, y no conoce otros métodos que los de la violencia...<sup>3</sup>

De Lane Wilson dijo que causaba disgustos entre la colonia americana y que además había dejado de ser bien visto por Huerta; también lo acusaba de su conocimiento y hasta posible participación durante la Decena Trágica. En sus informes, los revolucionarios no salieron mejor librados; sólo De la Barra y Manuel Calero eran en su opinión personas capaces.<sup>4</sup>

El 3 de julio el presidente le escribió a Bryan:

Después de leer el informe de Hale y los últimos telegramas de Henry Lane Wilson, espero más que nunca, que considere seriamente la posibilidad de llamar a Wilson, como lo sugerí en una nota reciente, y dejar los asuntos en manos de O'Shaughnessy, quien, Ud. se dará cuenta, está recomendado por Hale como un hombre perfectamente honesto.<sup>5</sup>

A mediados de ese mismo mes, Nelson O'Shaughnessy salió de los Estados Unidos rumbo a la capital mexicana con el título de "encargado de negocios". Casi al mismo tiempo, Lane Wilson fue llamado a Washington para "consultar acerca de la cuestión mexicana" y a principios de agosto Bryan le informó que el presidente había decidido aceptar su renuncia, ya que era evidente la profunda divergencia de opiniones acerca de la problemática mexicana.<sup>6</sup>

Mientras que Lane Wilson fue amigo de Huerta por necesidad, O'Shaughnessy lo fue por sinceridad. Gradualmente el

<sup>3</sup> Arthur S. Link, *La política de los Estados Unidos en América Latina, 1913-1916*, traducción Fernando Rosenzweig, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, 290 p., p. 47.

<sup>4</sup> Berta Ulloa, *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos (1910-1914)*, México, El Colegio de México, 1971, 394 p. (Centro de Estudios Históricos, nueva serie, 12), p. 111.

<sup>5</sup> Ray Stannard Baker, *Woodrow Wilson, Life and Letters*, 8 v. Garden City, N. Y., Doubleday, Doran and Co. Inc., 1931, v. 4, p. 256; Harley Notter, *The Origins of the Foreign Policy of Woodrow Wilson*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1937, 696 p., p. 252.

<sup>6</sup> Baker, *Ibidem.*, p. 262.

mutuo respeto entre ambos se convirtió en afecto verdadero; el diplomático norteamericano encontró que Huerta era un hombre de trato fácil, excepto cuando se le hablaba de renunciar. Cuando se reunían, ambos se abrazaban y Huerta lo llamaba simplemente "Nelson" o "hijo" y le invitaba un trago.<sup>7</sup>

Deseoso de obtener información sobre la situación en los campos constitucionalista y zapatista, el presidente Wilson envió a su segundo agente especial, Reginaldo del Valle.<sup>8</sup> Supuestamente, su misión era secreta y sus mensajes siempre fueron redactados en clave y enviados a la dirección particular de un miembro del Departamento de Estado. Su itinerario comprendía un acercamiento con los constitucionalistas y después con los rebeldes del Sur. Del Valle tenía la ventaja de hablar español, pero su completa falta de experiencia diplomática y tacto, lo llevaron al fracaso: siendo secreta su misión, informó a un periódico de Los Ángeles el motivo de la misma, declarando asimismo que él sería el sucesor de Lane Wilson. Aparentemente Carranza no se impresionó con el enviado norteamericano y en Piedras Negras el Primer Jefe rompió las pláticas. Ante lo imprevisto de los sucesos, Wilson ordenó a Del Valle salir sigilosamente del país y no informar a nadie su destino.<sup>9</sup>

Dentro de la complicada situación, existía otro aspecto que causaba gran ansiedad en el ánimo de Woodrow Wilson: el reconocimiento de Huerta por parte de la Gran Bretaña. Tanto Wilson como Bryan sabían que los intereses petroleros de Lord Cowdray (propietario de la Pearson Oil Co.) habían influido en forma determinante en el reconocimiento a Huerta y pronto confirmaron sus creencias.<sup>10</sup> El embajador norteamericano en la Gran Bretaña, Walter Hines Page, escribió en julio que el ministro mexicano en Londres le había informado que la influencia de los intereses petroleros británicos era muy grande, debido al contrato existente entre la Flota Inglesa y la compañía de Cowdray. Así, el desorden no sólo minaba los intereses personales, sino que amenazaba los recursos de abastecimiento de los barcos ingleses.<sup>11</sup>

<sup>7</sup> G. Jay Rausch Jr., *Victoriano Huerta, a Political Biography*, [s.l.], University of Illinois, 1960, 290 p., ils., (Tesis microfilmada inédita), p. 133.

<sup>8</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 112.

<sup>9</sup> Hill, *op. cit.*, p. 40-3.

<sup>10</sup> Michael C. Meyer, *Huerta, a Political Portrait*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972, xvi-272 p., p. 121-2.

<sup>11</sup> Baker, *op. cit.*, v. 4, p. 256.

Sin embargo, ninguno de los dos gobiernos supo mantener una cooperación diplomática efectiva, que hubiera evitado pérdida de tiempo y confusión. El ministro inglés del Exterior, Sir Edward Grey, era liberal al igual que Wilson y ambos, de haber mantenido relaciones, hubieran encontrado que compartían muchos pensamientos. Pero Wilson desconocía la diplomacia y tanto Bryan como Page no tenían más experiencia.<sup>12</sup>

La actitud indiferente del gobierno huertista y el apoyo que los países europeos se mostraban dispuestos a ofrecer al mexicano, asustó aún más al agente Hale, cuya presencia en México no era grata debido a los informes a veces exagerados que enviaba a Washington.<sup>13</sup> Como respuesta, el presidente norteamericano decidió enviar a su tercer agente confidencial: John Lind.

#### EL TERCER INTENTO DE WILSON: JOHN LIND

Al llegar el mes de julio, el presidente norteamericano decidió seguir el consejo del agente Hale de eliminar a Huerta y ayudar al pueblo mexicano a restablecer un nuevo gobierno en la ciudad de México. Para lograr este fin, resolvió utilizar una acción basada en la práctica moral, ya que al igual que sus consejeros más allegados, estaba convencido de que el apoyo económico por parte de concesionarios industriales, especialmente de los intereses petroleros británicos, era lo único que sostenía al poder huertista.

Resuelto a llevar a cabo una política desinteresada y deseoso de llegar a un conocimiento profundo de lo que realmente sucedía en México, decidió enviar a un nuevo agente especial. A pesar de que tanto Hale como Reginaldo del Valle no habían logrado establecer ninguna resolución efectiva con las autoridades mexicanas, Wilson se dio a la tarea de buscar de entre sus colaboradores a una persona capaz de ayudarlo a realizar la misión que él consideraba como un mandato divino.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 256-7.

<sup>13</sup> A los pocos días de haber llegado a México, John Lind reportó al Departamento de Estado los rumores del posible arresto y expulsión de Hale. Al parecer, la decisión del gobierno mexicano se basó en las apreciaciones de Lane Wilson, quien siempre estuvo seguro de que Hale propició su renuncia y buscando la venganza, desprestigió cuanto pudo al agente especial ante el ejecutivo mexicano. (National Archives Washington [en adelante se citará NAW], *State Department Record Relating to Internal Affairs of Mexico, 1910-29*, Record Group 59, 812.00/8379, Lind a Bryan, sin fecha, recibido 16 agosto 1913.)

Así, John Lind, caracterizado por su simpatía con los ideales de la "nueva libertad" y desvinculado de toda relación con los capitalistas, se convirtió en el tercer agente confidencial del presidente Wilson.

Con excepción de esto, Lind no poseía ninguna otra capacidad como emisario en México; no hablaba español, desconocía la problemática mexicana y no tenía ninguna experiencia diplomática previa, pero ofrecía a Wilson y a Bryan su virtud más importante: era un demócrata leal y progresista.<sup>14</sup>

John Lind nació el 25 de marzo de 1854 en la provincia de Smaland, Suecia. Debido a la continua falta de buenas cosechas, sus padres, dedicados a la agricultura, decidieron emigrar a nuevas tierras. Un primo de la madre de John, que había salido hacía tiempo de Suecia, regresó a su aldea nativa e informó a los Lind que América era un lugar lleno de oportunidades y riquezas. Así, en la primavera de 1868, los Lind iniciaron la travesía hacia el Nuevo Mundo; al llegar a los Estados Unidos, se dirigieron inmediatamente a una aldea sueca en Minnesota y allí se establecieron.<sup>15</sup>

Lind pasó la mayor parte de su vida en la ciudad ejerciendo la abogacía y realizando sus primeras incursiones en la vida política del país. Comenzó su carrera política como republicano y sostuvo puntos de vista conservadores. Permaneció tres periodos consecutivos en el Congreso entre 1887 y 1893, cobrando fama como un reformador de intachable honestidad. Pero se retiró del Congreso por la fuerte desmoralización que sufrió cuando su partido no pudo resolver las tendencias corruptas de los grandes industriales.

En 1898 volvió al Congreso como demócrata y dio su total apoyo a la candidatura presidencial del líder demócrata William J. Bryan, apoyo que desde entonces le demostraría constantemente.

Dos años más tarde, Lind aceptó el respaldo de los demócratas y populistas, y fue electo gobernador por el Estado de Minnesota; al igual que Wilson años después, John Lind se

<sup>14</sup> Testimonio de William F. Buckley, dic. 6, 1919 y John Lind, abril 27, 1920, *Senate Documents*, 66 Cong., 2<sup>o</sup> Ses., núm. 285, p. 767-814, 2318; entrevista con Lind, nov. 12, 1919, en: *William F. Buckley Manuscripts*, Latin American Collection, University of Texas; citado en: Hill, *op. cit.*, p. 63-4.

<sup>15</sup> George M. Stephenson, *John Lind of Minnesota*, Port Washington, N. Y./London, Kennikat Press, 1971, 398 p., ils., p. 4, 6, 7.

dedicó a liberar la política y el comercio de intereses especiales y egoístas, pero se enfrentó a una facción obstruccionista a lo largo de su mandato, lo que le impidió realizar todas las reformas que se había propuesto. Sin embargo, su administración dio por resultado el inicio de una época progresista en Minnesota.<sup>16</sup>

Entre su administración gubernamental y su misión a México, Lind continuó ejerciendo gran influencia en su país. Fue electo al Congreso en 1902 pero se retiró voluntariamente después de un periodo, aunque permaneció fiel a su partido, al grado de organizar en Minnesota una delegación que apoyase a Wilson en la Convención Nacional Demócrata.

Después de las elecciones presidenciales de 1912, fue llamado a Washington para discutir la política con su viejo amigo y recién nombrado secretario de Estado, William J. Bryan.<sup>17</sup>

El 11 de junio de 1913, Wilson ofreció a Lind la embajada norteamericana en Suecia, pero éste la declinó firmemente:

La reflexión me convence que sería una política cuestionable para algún extranjero aceptar un nombramiento de ministro residente en su país natal. Podrían surgir complicaciones en las que la más prudente conducta no evitaría la crítica y las dificultades. Además preferiría permanecer en casa, donde podría contribuir en algo al rescate de nuestro estado y a la realización de la política de la administración...<sup>18</sup>

Este hecho altamente honesto así como la amistad que lo unía con Bryan, convencieron al presidente americano de que John Lind era la persona ideal para representar sus intereses en México. Pero el exgobernador de Minnesota era singularmente incompetente en lo referente a la diplomacia internacional; su único contacto previo con asuntos relativos a México había sido un telegrama que envió a Bryan sugiriendo el retiro de Lane Wilson, basado en la información que recibió de un oficial de la armada, y de su propia opinión desfavorable acerca

<sup>16</sup> Larry D. Hill, "The Progressive Politician as a Diplomat: The case of John Lind in Mexico", en: *The Americas*, vol. xxvii, núm. 4, abril 1971, p. 355-372, p. 357; Kenneth J. Grieb, *The United States and Huerta*, Nebraska, University of Nebraska Press, 1969, 234 p., ils., p. 92.

<sup>17</sup> Hill, "The Progressive...", p. 358.

<sup>18</sup> Contestación telegráfica a un telegrama de Wilson a Lind, junio 11, 1913; citado en: Stephenson, *op. cit.*, p. 207.

del hermano del embajador, al cual había conocido años atrás en el Congreso.<sup>19</sup>

Sin embargo, tanto para Wilson como para su secretario de Estado, la inexperiencia de Lind era conveniente. En vista de no conocer México, no tenía prejuicios acerca de la situación, ni había tenido contacto directo con el personal del Departamento de Estado, cuyas ideas diferían muchas veces de las del presidente.

Wilson buscaba un seguidor fiel que fuera devoto sólo a su política y la amistad entre Lind y Bryan aseguraba esa lealtad. Además, las concepciones antimperialistas de Lind garantizaban que nunca propondría el regreso a la política de Lane Wilson. Por otra parte, Lind poseía ciertas cualidades que Wilson vio con agrado, como su capacidad de escuchar y de guardar un secreto.<sup>20</sup>

Lind no tenía preparación o entrenamiento diplomático antes de su misión a México. El 28 de julio de 1913, Bryan lo mandó llamar secretamente para discutir acerca de "una cuestión importante" que él ni siquiera imaginaba. Al aceptar el cargo que le encomendó la Casa Blanca, no recibió más instrucciones escritas que un proyecto de Wilson; sus únicas órdenes fueron asegurar que Huerta conviniera los acuerdos.<sup>21</sup>

Su misión a México fue preparada tan rápidamente que ni el gobierno mexicano ni la embajada americana sabían de la llegada del nuevo agente,<sup>22</sup> y únicamente se enteraron cuando el 5 de agosto el *New York Times* publicó una nota de Bryan dando a conocer la aceptación de la renuncia de Lane Wilson y la noticia de que John Lind vendría a México para desempeñar las funciones de consejero de la embajada:

El primer paso tomado por la administración de Wilson que busca la pacificación de México, fue tomado hoy cuando el ex-gobernador de Minnesota, John Lind, fue enviado a ese alterado país con instrucciones de actuar como mediador entre las facciones contendientes.

<sup>19</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 92.

<sup>20</sup> *Ibidem*, John P. Harrison, "Un Análisis Norteamericano de la Revolución Mexicana en 1913", en: *Historia Mexicana*, vol. v, núm. 4, abril-junio 1956, p. 598-618, p. 602-3.

<sup>21</sup> Bryan a Wilson, julio 31, 1913, *Bryan-Wilson Correspondence*, I, 106; citado en: Grieb, *op. cit.*, p. 93.

<sup>22</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 93.

Antes de salir, el secretario Bryan anunció la aceptación de la renuncia de Henry Lane Wilson como embajador en México...

El informe oficial de Bryan sobre la misión de Lind, decía:

El ex-gobernador de Minnesota, John Lind, ha sido enviado a México como representante personal del Presidente para actuar como consejero de la embajada en la presente situación. Cuando el Presidente esté listo para comunicarse con las autoridades mexicanas para el restablecimiento de la paz, hará declaraciones públicas...<sup>23</sup>

Debido también a la falta de información verídica y completa, los periódicos mexicanos anunciaron que Lind venía a ocupar el puesto de embajador, pero que el presidente Wilson no anunciaría su política a seguir con México, hasta que su agente le transmitiese un amplio reporte sobre la situación por la que atravesaba el país.<sup>24</sup>

La inconsistencia de esta diplomacia y la improvisación con que actuó Wilson, determinó en gran medida, el fracaso eventual de la misión de Lind.

El error de Wilson al no dar aviso al gobierno mexicano de la llegada de Lind, creó una atmósfera de miedo: El mensaje de Bryan fue muy escueto; anunció que Lind vendría en "misión pacífica", pero se rehusó a dar más detalles cuando O'Shaughnessy se lo pidió.<sup>25</sup>

Ni el mensaje del Departamento de Estado a la ciudad de México ni la prensa, ofrecieron la más leve pista sobre el propósito de la misión de Lind, pero una divulgación en la administración dio como resultado que de forma mutilada aparecieran en los diarios las instrucciones que traía el emisario de Wilson. De estos comentarios se desencadenó la opinión de que el nuevo agente había sido enviado con el propósito de forzar inmediatamente a Huerta a abandonar el poder y entonces dirigir la formación de un nuevo gobierno provisional en el cual participaran los constitucionalistas.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores [en adelante AREM], ramo *Revolución Mexicana*, M. Beltrán a Srio. de Rel. Ext., agosto 6, 1913, recorte del *Morning Sun* que contiene noticias relativas a la misión de Lind. año 1913, exp. H/210 (72:73) "913"/1, leg. 1, f. 233.

<sup>24</sup> *El Imparcial*, agosto 6, 1913, p. 1, 8.

<sup>25</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 93.

<sup>26</sup> *New York Times*, agosto 5, 1913, p. 1; *New York World*, agosto 5, 1913; citado en: Hill, *Emissaries...*, p. 69.

Por la ignorancia de su llegada, por la oscuridad de la misión que traía consigo y por el hecho de viajar a México en un buque de guerra, el gobierno federal vio el arribo del agente Lind como el inicio abierto de la intervención armada.

Por lo tanto, la noticia de su arribo fue recibida con general desagrado en todos los círculos diplomáticos. El embajador británico en Washington telegrafió a su país:

Lind es un político que ha sido útil a la Secretaría de Estado y tiene reputación de ser honesto pero obstinado. No sabe español y no tiene experiencia diplomática.

Se cree que sus instrucciones serán negociar con los líderes rivales a fin de lograr la pacificación. Se reportará al Presidente, quien hará comentarios públicos tan pronto esté listo para comunicarse con las autoridades para restaurar la paz.

Se sabe de buena fuente que el Presidente está determinado a no reconocer a Huerta o fomentar la intervención, como lo ha recomendado al Embajador norteamericano, pero espera, sin necesidad de utilizar la fuerza, arreglar por medio de Lind el retiro pacífico de Huerta, el reconocimiento de un presidente provisional y la celebración de elecciones constitucionales, con el apoyo de todos los partidos. Un informante me comunica que el plan del Presidente seguramente fracasará, porque los partidos no aceptarán los resultados de la elección y los problemas continuarán como hasta ahora.<sup>27</sup>

La opinión pública americana tampoco favoreció a la actitud tomada por Wilson. La convicción general residía en que el nombramiento de Lind fue una muestra de gratitud de Bryan y que su inexperiencia inevitablemente lo llevaría al fracaso, dejando en ridículo al propio Wilson.<sup>28</sup>

El 4 de agosto Lind partió de Washington con instrucciones precisas de Wilson; en ellas, el presidente unió varios principios y tópicos de su política latinoamericana, delineados por él mismo y por sus colaboradores más cercanos. En ellos subrayó también las responsabilidades especiales y el desinterés con que su gobierno deseaba actuar en México.<sup>29</sup>

<sup>27</sup> Spring-Rice a Grey, julio 21, 1913, núm. 172, FO571/1674, exp. 6269/35096; citado en: Peter Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-1914, The Diplomacy of Anglo-American Conflict*, Cambridge, University Press, 1968, 332 p., maps., (Cambridge Latin American Studies), p. 201-2.

<sup>28</sup> *El País*, agosto 6, 1913, p. 1, 4.

<sup>29</sup> Edward P. Haley, *Revolution and Intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico, 1910/1917*, Cambridge/London, the MIT Press, 1970, 294 p. ils., p. 97-8.

La carta de recomendación que Wilson dio a Lind, decía:

A quien corresponda:

Esta [carta] es para presentar al honorable John Lind, quien va a México a solicitud mía y como mi representante personal para actuar como consejero de la Embajada Americana en la Ciudad de México. Pido para él la misma consideración que en otras circunstancias se daría a un representante acreditado del gobierno de los Estados Unidos.<sup>30</sup>

Las proposiciones que Lind debía presentar a las autoridades mexicanas fueron cuatro:

1. Un inmediato cese del fuego con un armisticio definitivo y solemne y escrupulosamente observado;
2. una pronta y libre elección en la cual todos tomaran parte;
3. el consentimiento del general Huerta de no postular su candidatura en las próximas elecciones, y
4. el acuerdo de todos los partidos de acatar los resultados de las elecciones y cooperar en la organización de la nueva administración.<sup>31</sup>

Las proposiciones de Wilson relacionadas con los asuntos internos de México no tenían posibilidades de éxito. Ningún gobierno podría consentir un armisticio con los rebeldes, ya que esto implicaba el reconocimiento a su beligerancia. El propio gobierno americano había rechazado proposiciones similares durante la guerra civil. Además, Wilson asumía que la única oposición para lograr el armisticio venía del gobierno federal, al cual consideraba como el factor principal de todos los problemas existentes en el país. En esto estuvo errado, ya que los constitucionalistas también rechazaron el armisticio, prefiriendo buscar una rotunda victoria militar.

La demanda de que Huerta renunciase a su candidatura era por demás innecesaria; la integridad nacional no permitiría que un gobernante mexicano fuese seleccionado por la Casa Blanca. Además, las leyes constitucionales señalaban que un presidente provisional no podía convertirse en candidato para las siguientes elecciones.

<sup>30</sup> Rausch, *op. cit.*, p. 160.

<sup>31</sup> Haley, *op. cit.*, p. 97-8.

En lugar de buscar las garantías efectivas para que Huerta no postulara su candidatura y así proveer una oportunidad para rechazar la interferencia americana en los asuntos mexicanos, Wilson pudo haber expresado su confianza en que Huerta respetaría las limitaciones de la Constitución. Naturalmente, el presidente mexicano no podía admitir que la presión extranjera fuese a involucrarse en su candidatura.<sup>32</sup>

Obstinado en que sus ideales convenían a los intereses mexicanos, Wilson continuó rígidamente los lineamientos de su plan, expresando que todo aquél que lo estudiase con detenimiento se convencería que era eminentemente altruista. Aparentemente nunca se le ocurrió pensar que Huerta no estaría de acuerdo en que su eliminación serviría para devolver el bienestar y la felicidad a los mexicanos. Su determinación de hacer a un lado a Huerta contradecía su convicción de que la mayoría de la gente apoyaba a Carranza, porque de haber sido esto cierto, no debía temer que Huerta triunfara en una elección honesta, y si el gobierno controlaba la elección, su candidato —Huerta o cualquier otro— triunfaría de seguro. De cualquier forma, la candidatura de Huerta era irrelevante.<sup>33</sup>

Los fuertes sentimientos de hostilidad que se desataron cuando se conoció el arribo próximo de Lind, quedaron plasmados en la nota que el ministro Garza Aldape presentó a Nelson O'Shaughnessy el 6 de agosto:

Por acuerdo del señor Presidente de la República, y como encargado *ad interim* del Despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores, tengo a honra manifestar a Vuestra Señoría que si el señor John Lind, que según noticias que el Gobierno de México tiene, llegará próximamente a esta capital enviado por Su Excelencia el señor Presidente de los Estados Unidos de América, no justifica debidamente su carácter oficial ante esta Cancillería, ni es portador del reconocimiento del Gobierno de México por parte del vuestro, su permanencia en la República no será grata.<sup>34</sup>

La prensa mexicana no tardó en mostrar una fuerte adhesión a la actitud tomada por el general Huerta:

<sup>32</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 90-1.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 91.

<sup>34</sup> AREM, ramo *Revolución Mexicana*, Garza Aldape a O'Shaughnessy, agosto 6, 1913, exp. 16-10-122 (II), leg. 1, f. 223; NAW, O'Shaughnessy a Bryan, agosto 7, 1913, 812.00/8573.

El honor y la dignidad de la Patria han encontrado un enérgico defensor en el señor Presidente de la República.

Sus declaraciones, lanzadas a los cuatro vientos del mundo, dirán a las naciones la actitud de México frente a un amago de intervención por parte del gobierno americano . . .

Por eso, al rechazar a Mr. Lind, rechazamos la posibilidad de una ingerencia extraña en una soberanía que no sólo está escrita en nuestras leyes, sino que ha sido fecundada con nuestra sangre . . . <sup>35</sup>

Quizá en espera de esta reacción, Bryan apremió a otros gobiernos para que intercedieran por el suyo, con el fin de que Huerta diese un recibimiento amistoso a Lind. De allí que el ministro británico del Exterior, Sir Edward Grey, telegraficara a México; Francia, Alemania y Rusia se mostraron menos interesados, pero cumplieron aunque sin entusiasmo. <sup>36</sup>

Al mismo tiempo, Bryan ordenó a O'Shaughnessy que comunicara al ministro de Relaciones Exteriores que Lind venía en misión de paz y que la opinión pública mexicana no debía dejarse llevar por informaciones amarillistas. <sup>37</sup>

El 9 de agosto la embajada americana declaró:

Esta Embajada ha recibido hoy un cable del Departamento de Estado de Washington, en el que se manifiesta que la verdadera misión del ex-Gobernador Lind en México, sólo es conocida por el Presidente Wilson, por el Secretario Bryan y por el mismo Mr. Lind . . .

El mismo Departamento de Estado suplica a los altos funcionarios de México, que suspendan toda clase de juicios acerca de ese viaje y que esperen a conocer la misión verdadera que pronto se sabrá. <sup>38</sup>

El mismo día 9 Lind arribó a Veracruz y su llegada sirvió para aumentar más aún la tensión. A pesar de que la muchedumbre que esperaba el barco no demostró ningún signo hostil, se tomaron medidas preventivas y una tropa de policías vigilaba la llegada del agente.

<sup>35</sup> *El Imparcial*, agosto 7, 1913, p. 1-2.

<sup>36</sup> Rausch, *op. cit.*, p. 162. Al parecer, estos comunicados tuvieron algún efecto e hicieron menos frío el recibimiento de Lind. Por otra parte, Huerta en realidad no descaba tomar ninguna medida drástica que entorpeciera aún más sus relaciones con la Casa Blanca.

<sup>37</sup> NAW, Bryan a O'Shaughnessy, agosto 6, 1913, 812.00/8241.

<sup>38</sup> *El Imparcial*, agosto 9, 1913, p. 1-2.

Bayard Hale y el almirante Fletcher, comandante este último del escuadrón norteamericano en aguas mexicanas, estuvieron a recibirlo en el puerto, y después de sostener una breve conversación con ellos, partió a la capital. A pesar del temor de que algo sucediera en el viaje, la tarde del 10 de agosto Lind, su esposa, Hale y el cónsul Canada llegaron sin tropiezo alguno a la ciudad de México.<sup>39</sup>

A pesar del modesto título de "consejero de la embajada", Lind fue investido de hecho con el poder (e incluso el sueldo) de un embajador. No fue nombrado formalmente porque eso equivaldría al reconocimiento de Huerta, pero venía con órdenes precisas para negociar con la autoridad máxima en México. El Departamento de Estado se comunicaba directamente con él, y Bryan escribió de puño y letra mucha de la extensa correspondencia que intercambió con Lind. Su primer mensaje ordenaba al nuevo agente "no revelar a nadie las opiniones del Presidente",<sup>40</sup> ocultando también al personal de la embajada la naturaleza de su misión. Sujeto así a guardar un mutismo absoluto, los primeros días de su estancia en la capital desconcertaron tanto a los círculos diplomáticos como al propio pueblo mexicano.<sup>41</sup>

Wilson tenía sus razones al ordenar a Lind que dejara pasar algunos días antes de presentar sus proposiciones. El presidente no había anticipado la intensidad de la crítica desatada por el nombramiento de su nuevo agente. No sólo causó fervor su llegada, sino que la mayoría de los gobiernos que habían reconocido a Huerta también expresaron consternación. Sus diplomáticos vieron la misión con "regocijo", profetizaron un fracaso total y no tuvieron la menor inhibición en declararlo públicamente.<sup>42</sup>

Por otra parte, Wilson pudo haber tenido la acerba crítica que le mostró el senador William A. Smith, presidente del subcomité de Asuntos Exteriores que investigaba la situación en México, y que denunció una extensa agrupación rebelde en Washington que influía en la política administrativa del presidente. Esto, a su vez, había informado previamente al vice-

<sup>39</sup> Hill, *Emissaries* . . . , p. 71.

<sup>40</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 94; Hill, *Emissaries* . . . , p. 68-9.

<sup>41</sup> NAW, O'Shaughnessy a Bryan, agosto 10, 1913, 812.00/8287 y Bryan a Lind, agosto 10, 1913, 812.00/8274A; *El Imparcial*, agosto 16, 1913, p. 1.

<sup>42</sup> Hill, *Emissaries* . . . , p. 73.

presidente Thomas Marshall, que sentía miedo de algunos republicanos del Senado que trataban de hacer imposible la situación.<sup>43</sup>

De cualquier forma, Wilson se percató de que un serio problema se le avecinaría, ya que el Senado no estaba conforme en que el presidente tomase resoluciones en su política hacia México sin consultarlo previamente. Se dijo también que Lind no era el representante de la nación y que por lo tanto, no podría proteger a los ciudadanos americanos que residían en México, aunque su habilidad y honestidad podrían traer algún beneficio en las relaciones con el vecino país.<sup>44</sup>

Durante algunos días, Lind no intentó acercarse a las autoridades mexicanas, ya que temía que la opinión pública —tan desfavorable a él— forzaría al gobierno a dar una inmediata negativa a las proposiciones que traía; por su parte y después de considerarlo durante un día, Wilson le ordenó que procediera con su misión.

#### LOS PRIMEROS ACERCAMIENTOS Y SUS FRACASOS

El anuncio de la misión de Lind pareció indicar un cambio en la política norteamericana, y a pesar de que el nuevo agente trataba de concertar un pacto inaceptable para Huerta, los diplomáticos ingleses trataron de facilitar las negociaciones.

El embajador británico Stronge, convenció a Huerta de encontrarse con el emisario americano como “simple ciudadano” e intercambiar opiniones “extraoficialmente”. Tomando en consideración los fuertes temperamentos de ambos antagonistas, los citó privadamente apremiándolos a acatar un tono conciliatorio. Lind se sintió profundamente agraviado por el consejo de Stronge y desde entonces lo tomó como fiel partidario de Huerta.<sup>45</sup>

El 12 de agosto Lind reportó desde la capital que había sido recibido por el secretario de Relaciones Exteriores, Federico Gamboa, quien como resultado de cambios en el gabinete, pasó a ocupar el puesto de Garza Aldape. Antiamericano desde

<sup>43</sup> Wilson a Marshall, agosto 4, 1913, *Wilson Papers*, exp. VI; citado en: Notter, *op. cit.*, p. 257.

<sup>44</sup> *Congressional Record*, 63 Cong., 1<sup>ª</sup> Ses., vol. 1, p. 3133, 3175; citado en: Flores, *op. cit.*, p. 30-1.

<sup>45</sup> Lind a Bryan, agosto 10, 1913, *Lind Papers*, y Lind a Bryan, agosto 16, 1913, *Wilson Papers*, exp. II; citado en: Grieb, *op. cit.*, p. 129.

los eventos de noviembre de 1910, Lind lo encontró como "una persona de trato difícil".<sup>46</sup>

En esta primera plática informal, Gamboa aseguró al agente norteamericano considerar muy seriamente las sugerencias que hiciera el gobierno de la Casa Blanca, se mostró conciliatorio, pero lo apremió a revelar cuanto antes la naturaleza exacta de su misión, subrayando que ninguna sugerencia podría ser estudiada si no incluía las estipulaciones para el reconocimiento. Como contestación, Lind explicó el "espíritu" de sus instrucciones, admitiendo que el presidente Wilson no pensaba en el reconocimiento bajo las circunstancias que prevalecían en el país.<sup>47</sup>

Al día siguiente, sus instrucciones fueron enviadas a los principales gobiernos extranjeros y publicadas por la prensa mexicana. Al enterarse Huerta de su contenido y fuertemente contrariado, hizo del conocimiento público que iría a la guerra antes de permitir la intervención americana en los asuntos que sólo eran de incumbencia nacional. Sin embargo, su reacción oficial fue más cauta, requiriendo nuevamente que Lind presentase credenciales apropiadas.<sup>48</sup>

La respuesta de Gamboa el día 16 fue terminante; explicó que el gobierno mexicano contestaba las proposiciones por varias razones:

1. Por el respeto hacia el presidente Wilson;
2. porque ciertos gobiernos europeos y americanos influyeron en el mexicano para prestar atención a las proposiciones;
3. porque México quería demostrar la justicia de su causa.

Rechazó la afirmación de Lind en cuanto a que no se había progresado en el establecimiento de un gobierno respetado y obedecido, y declaró que el Distrito Federal, tres territorios y 18 de los 27 Estados, estaban bajo control federal. El gobierno provisional, continuó Gamboa, tenía 80 000 hombres en el ejército con el propósito de asegurar la paz y reducir a los rebeldes. Gamboa agregó que: Wilson "está trabajando

<sup>46</sup> Calvert, *op. cit.*, p. 204-5; NAW, O'Shaughnessy a Bryan, agosto 12, 1913, 812.00/8317.

<sup>47</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 117-8; Hill, *Emissaries . . .*, p. 75; NAW, Lind a Bryan, agosto 12, 1913, 812.00-8314.

<sup>48</sup> Haley, *op. cit.*, p. 98.

bajo una seria desilusión cuando declara que la situación existente es incompatible con el acatamiento de sus obligaciones internacionales". Asimismo, estipuló que otras naciones ya habían otorgado el reconocimiento diplomático, que continuaban invirtiendo en la industria mexicana y que incluso habían ofrecido préstamos al país.<sup>49</sup>

Con respecto a pactar con los carrancistas, el ministro aseguró que era imposible, ya que los consideraba como bandidos; y en cuanto al retiro de Huerta de las próximas elecciones, Gamboa aseguró que la opinión pública habría de determinar la popularidad del general,<sup>50</sup> y que lo mejor que podría hacerse para resolver los problemas entre ambos gobiernos era intercambiar embajadores "sin condiciones previas".

La principal línea de ataque sustentada por Gamboa en sus entrevistas con Lind, fue argumentar en favor de que los Estados Unidos reconocieran a Huerta. Citó la acción del gobierno americano en el caso de Panamá, pero Lind rehusó discutir ese tema, por considerar que nada tenía que ver con la cuestión mexicana.

Por su parte, Lind insistía en que la demanda esencial de su gobierno radicaba en negar el reconocimiento a un gobierno "de facto", que había asumido el poder bajo las circunstancias en que lo había hecho Huerta. En este punto, dijo, sus instrucciones eran estrictas y no se prestaban a negociaciones.<sup>51</sup>

La réplica mexicana sorprendió considerablemente a Wilson: el rechazo del gobierno mexicano definitivamente no entraba dentro de los planes del presidente americano. Por lo tanto, las instrucciones de Lind no cubrían esta eventualidad y solamente después de haber presentado su nota, pidió a su gobierno instrucciones en caso de una "inesperada" posibilidad de rechazo.<sup>52</sup>

Era evidente la falta de planeación y ante la negativa mexicana, los Estados Unidos dudaron, buscando otro camino. Pero a pesar de las amenazas que acompañaron a la protesta, no se siguió ninguna otra acción. En vista del silencio de Washing-

<sup>49</sup> Hill, *Emissaries* . . . , p. 78.

<sup>50</sup> *Foreign Relations*, 1913, p. 823-27; citado en: Flores, *op. cit.*, p. 32-3; Luis Lara Pardo, *Matches de Dictadores, Wilson contra Huerta, Carranza contra Wilson*, México, A. P. Márquez Editor, 1942, 304 p., p. 64.

<sup>51</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 218.

<sup>52</sup> Haley, *op. cit.*, p. 99; Ulloa, *op. cit.*, p. 119-20.

ton, Lind permaneció en la capital, continuó las negociaciones y actuó de acuerdo a su propia iniciativa.<sup>53</sup>

El intercambio de notas se había realizado a nivel exclusivamente diplomático, por lo tanto, el pueblo mexicano no estaba enterado del cauce que habían tomado las negociaciones. No fue sino hasta el 29 de agosto cuando el gobierno publicó los textos de las notas, con lo que la popularidad de Huerta se vio incrementada, ya que éste quedó como el defensor de la Patria ante la intervención yanqui.<sup>54</sup> En los Estados Unidos no fueron menores las protestas; el *New York Times* expresó que de haber ofrecido proposiciones aceptables y el reconocimiento a Huerta, se habría evitado la crisis.

Nuevamente Wilson quedaba profundamente desconcertado; la luz divina que lo guiaba parecía abandonarlo.

Mientras tanto, Lind continuaba ejerciendo presión sobre Huerta, sugiriéndole personalmente y sin instrucciones de la Casa Blanca que a menos de que aceptase el plan wilsoniano, la administración americana se vería forzada a tomar uno de tres caminos:

1. Modificar las leyes de neutralidad en aquellos puntos que fueran más estrictos;
2. reconocer beligerancia a los rebeldes, o
3. intervenir militarmente.<sup>55</sup>

Bryan consultó la propuesta de Lind con Wilson, aconsejando que las instrucciones fuesen comunicadas también a las potencias europeas; a Argentina, Brasil, Chile y Perú y a otros gobiernos representados en la ciudad de México. El presidente americano aprobó la idea e instruyó a Lind para hacer oficial la propuesta ante el gobierno mexicano.<sup>56</sup>

Ante las insistentes amenazas de Lind, Gamboa expresó sus deseos de trasladarse a Washington para tratar la cuestión mexicana directamente con el presidente. Cuando Wilson fue enterado de este hecho, se sintió ampliamente complacido pues creyó que esto significaba un cambio en la actitud mexicana, por lo que aceptó recibir a Gamboa. Pero pasado el primer

<sup>53</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 97; Hill, *Emissaries . . .*, p. 79.

<sup>54</sup> *Ibidem*; *El País*, agosto 29, 1913, p. 1, 5.

<sup>55</sup> NAW, Lind a Bryan, agosto 18, 1913, 812.00/10641A.

<sup>56</sup> Haley, *op. cit.*, p. 99.

momento y al ver que la presión de Lind disminuía, el ministro mexicano no volvió a mencionar el viaje.<sup>57</sup>

Finalmente, Huerta acordó recibir a Lind, dispuesto a darle una respuesta firme y negativa a sus proposiciones, pero Rodolfo Reyes lo convenció de que una contestación moderada sería más apropiada en vista de la tirantez que reinaba en las relaciones entre ambos países. Cuando la entrevista se llevó a cabo, Huerta pasó la mayor parte de ella discutiendo la fuerza de su ejército, los medios que utilizaba para aumentarlo, y el hecho de que esperaba la pronta y total pacificación del país. También habló de sus planes reformistas después de que la paz quedara restablecida, todo lo cual fue una réplica precisa al requerimiento wilsoniano de su renuncia. Por último, Huerta expresó sus deseos porque la estancia de Lind fuera placentera y que pronto se le nombrara embajador oficial en México.<sup>58</sup>

Más importante aún que la entrevista con Huerta, fue la plática que Lind sostuvo al día siguiente con el ministro Stronge. Durante muchos días el embajador británico le había aconsejado que los Estados Unidos debían reconocer al gobierno de Huerta en bien de la paz y la estabilidad en México. Pero esta vez, en el curso de la conversación, Stronge le participó extraoficialmente que existía la posibilidad de llegar a un acuerdo efectivo con Huerta, si el Departamento de Estado solicitaba a los banqueros americanos la extensión de un préstamo al gobierno provisional. Lind pensó que esta idea debía ser considerada seriamente y así lo reportó a Washington.<sup>59</sup>

A partir del 20 de agosto, Lind comenzó a enviar mensajes a su gobierno aconsejando levantar el embargo de armas a los rebeldes y ejercer una acción determinante en México, incluso la intervención armada si fuera preciso.<sup>60</sup>

Cuando Gamboa expresó su deseo de entrevistarse personalmente con Wilson, el primer impulso de Lind fue pensar que el ministro mexicano demostraba un afán sincero por terminar con el conflicto, pero después se dio cuenta de que posiblemente era una treta más de Huerta para ganar tiempo.

<sup>57</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 120-1.

<sup>58</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 219; Rausch, *op. cit.*, p. 163-4.

<sup>59</sup> Lind a Bryan, sin fecha, *Lind Papers*; Lind a Bryan, agosto 20, 1913, *Wilson Papers*, Ser. 2, Caja 95; citado en: Hill, *Emissaries...*, p. 80-1.

<sup>60</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 101-2.

A pesar de que Lind sólo poseía sospechas, la verdad es que Huerta realmente quería dar largas al asunto. Estaba próximo a contratar un empréstito con los banqueros mexicanos y esperaba con estos fondos vencer de una vez por todas a los revolucionarios, negando así a Wilson cualquier otra alternativa que no fuera el reconocimiento oficial a su gobierno.<sup>61</sup>

El ardid de Huerta no funcionó ya que Wilson rehusó ceder una pulgada. Después de permanecer a la expectativa varios días, ordenó a Lind informar a Gamboa que éste sería recibido extraoficialmente en los Estados Unidos, únicamente si las propuestas iniciales eran retiradas y si venía con el entendimiento de que la actitud norteamericana con respecto al reconocimiento, seguía siendo la misma.

Además, Wilson informó a su agente que aceptaba su primer consejo, notificándole que estaba trabajando en la elaboración de un discurso que presentaría al Congreso, relatando la política seguida con México y la reseña global de las recientes negociaciones efectuadas en la capital mexicana. Pero —agregó Wilson— deseaba esperar unos días más antes de rendir su informe, pues le parecía que la actitud de Huerta se estaba suavizando y quería dar oportunidad a que Gamboa reconsiderara su postura.<sup>62</sup>

El 25 de agosto, Lind notificó a Gamboa que el presidente Wilson lo había autorizado para presentarle las siguientes condiciones:

1. La elección preparada para el 26 de octubre de 1913 deberá llevarse a cabo de acuerdo a las leyes constitucionales de México;
2. Huerta no podrá ser condidato en dichas elecciones, y
3. Las proposiciones restantes contenidas en las instrucciones originales se estudiarán después.<sup>63</sup>

Por otra parte, estas proposiciones presentaron una novedad: el soborno; si el gobierno mexicano aceptaba las demandas norteamericanas, Wilson lograría la contratación de un empréstito que resolvería las necesidades más apremiantes de México.<sup>64</sup>

<sup>61</sup> Hill, *Emissaries* . . . , p. 82.

<sup>62</sup> NAW, Bryan a Lind, agosto 22, 1913, 812.00/10642; Hill, *Emissaries* . . . , p. 82.

<sup>63</sup> Flores, *op. cit.*, p. 33.

<sup>64</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 121.

Lind completaba así su misión original de presentar las proposiciones wilsonianas al gobierno mexicano, pero el presidente le ordenó permanecer en Veracruz para reportar las novedades. Lind había salido de la capital después de haber expuesto por segunda vez las demandas de su país, con la esperanza que su partida amedrentara al ejecutivo mexicano y empezara a hacer concesiones. Pensó pasar algunos días en Veracruz antes de volver a los Estados Unidos en caso de que Gamboa decidiera reanudar las relaciones, pero las nuevas órdenes de Wilson cambiaron sus planes.

De esta manera, la misión de Lind fue extendida de una breve estancia a siete meses, a lo largo de los cuales el emisario se convirtió en el principal consejero de Washington en México.<sup>65</sup>

Durante su estancia en la capital, Lind vivió la mayor parte del tiempo en la embajada americana, donde conoció a Nelson O'Shaughnessy, encargado de negocios. Ambos eran tan diferentes entre sí como sólo pueden serlo un irlandés católico y un sueco ateo; O'Shaughnessy había sido secretario de la embajada hasta la renuncia de Lane Wilson y contaba con 37 años, mientras que Lind frisaba los 60.

Lind redactaba sus notas sin pedirle consejo, pero al parecer, durante su primera visita a la capital demostró cierta confianza en él. Sin embargo, O'Shaughnessy había adquirido las ideas de un diplomático profesional y no le entusiasmaba mucho la idea de ver llegar a México agentes confidenciales como Hale y Lind.

No estuvo en México durante la Decena Trágica, pero al igual que Lane Wilson era ardiente defensor del reconocimiento a Huerta y pensaba —como años después declaró— que toda la política de Wilson era “brutal, injustificada y estúpida”.<sup>66</sup>

A partir del viaje de Lind a Veracruz, se presentó un doble problema entre México y los Estados Unidos. Por una parte, O'Shaughnessy quedó como encargado de negocios en la ciudad de México y todos los trámites oficiales se efectuaron a través de su conducta. Pero por otra parte, Lind se convirtió en el “principal centinela de la política de vigilante espera”,<sup>67</sup> y

<sup>65</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 101.

<sup>66</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 222.

<sup>67</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 124.

sus relaciones con O'Shaughnessy se estancaron en un mutuo pero frío respeto.

En cambio, las relaciones de Lind con Bayard Hale fueron desde un principio amistosas; no sucedió igual con el cónsul Canada, con quien mantenía constante comunicación, pero quien al igual que O'Shaughnessy, no negaba su simpatía hacia el general Huerta.<sup>68</sup>

Lind llegó a Veracruz el 26 de agosto y el día siguiente recibió la contestación de Gamboa. Esta nota fue aún más sarcástica que la anterior y comenzaba por notar que el primer mensaje de Wilson había sido dirigido "A las personas que tienen ahora la autoridad o ejercen influencia en México" y la segunda hacía referencia al "Presidente Huerta" y al "gobierno de facto".<sup>69</sup>

Con una ironía aplastante, Gamboa llamó la atención sobre el hecho de que las leyes mexicanas no permitían que el presidente provisional —en este caso Huerta— se postulara como candidato en las elecciones constitucionales.

Con respecto a la promesa de Wilson de utilizar su influencia en los banqueros americanos, se refirió a ella como "una atractiva propuesta, movida por intereses mezquinos, por medio de la cual renunciaríamos al derecho que incontrovertiblemente defendemos. Cuando la dignidad de una nación está en juego, creo que no existen suficientes préstamos para poder inducir a los encargados por la ley mantener esa dignidad y permitir que sea ultrajada".<sup>70</sup>

Aunque expresada en forma altiva, la nota de Gamboa concedía de hecho la demanda que más preocupaba a Wilson: que Huerta se eliminara a sí mismo de las futuras elecciones.<sup>71</sup>

El día 27 y en una actitud desafiante y enérgica, Gamboa leyó ante la Cámara todo lo sucedido desde que Lind llegó a México y dio a conocer las notas intercambiadas entre ambos gobiernos, así como la actitud intervencionista de la administración wilsoniana.

Asimismo, la prensa mexicana se expresó duramente de Lind, afirmando que su misión era de hecho intervencionista pero

<sup>68</sup> *Ibidem*; Rausch, *op. cit.*, p. 165-6.

<sup>69</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 222.

<sup>70</sup> *Ibidem*; Flores, *op. cit.*, p. 36.

<sup>71</sup> Arthur S. Link, *Woodrow Wilson and the Progressive Era, 1910-1917*, introducción: Harry Steele Commager y Richard Brandon Morris, N. Y., Harper and Row Publishers, 1954, 332 p., ils., maps., p. 115.

encubierta con el ropaje de la amistad y que el gobierno americano pretendía ejercer su voluntad en las elecciones presidenciales, ofreciendo a cambio el dinero de sus banqueros: "Las pretensiones del presidente de los Estados Unidos para intervenir, con sólo el derecho del más fuerte, en nuestros asuntos políticos y económicos fueron rechazadas con enérgico patriotismo".<sup>72</sup>

Wilson esperó cinco días más antes de presentar su informe al Congreso. En él, por primera vez explicó a éste y al pueblo americano su política hacia México. Delineó las proposiciones que Lind llevó a Huerta, el total rechazo de las mismas por parte del ejecutivo mexicano y declaró que los Estados Unidos mantendrían una política de "vigilante espera" y seguirían "la mejor práctica de las naciones en materia de neutralidad al prohibir la exportación de armas o pertrechos de guerra de cualquier clase" a cualquiera de las facciones contendientes en México,<sup>73</sup> pero que el gobierno americano mantendría abiertas las puertas de su amistad si México decidía cambiar de parecer. Además, Wilson apremió a los residentes americanos en México a abandonar cuanto antes el país.<sup>74</sup>

La resonancia de este mensaje pareció ser la señal de un cambio sustancial en la política; de hecho, el presidente deseaba ganar tiempo sin alterar significativamente su política. Desde un principio intentó lograr sus fines en México a través de una constante presión moral. Su mensaje al Congreso reafirmaba solamente dicha intención, ya que la política americana se quedó en las descuidadas instrucciones a Lind (restringidas únicamente a las negociaciones en la ciudad de México) y dedicadas, no a la eliminación de Huerta, sino a su supresión de las futuras elecciones.<sup>75</sup>

Al enterarse Huerta de estas declaraciones, asumió una actitud optimista; pensó que si los rebeldes no tenían acceso al armamento norteamericano, a él le sería fácil acabarlos en unos cuantos meses. Muchos sectores recibieron favorablemente la noticia de la "vigilante espera", y al parecer, sólo los constitucionalistas se quejaron.<sup>76</sup>

La respuesta de Gamboa el día 27 de agosto y las afirma-

<sup>72</sup> *El Imparcial*, agosto 28, 1913, p. 1-3, 5, 8.

<sup>73</sup> Link, *Woodrow* . . . , p. 115.

<sup>74</sup> NAW, Bryan a Shanklin, agosto 27, 1913, 812.00/8600A.

<sup>75</sup> Haley, *op. cit.*, p. 100-1.

<sup>76</sup> Rausch, *op. cit.*, p. 167.

ciones de Lind acerca de que los Estados Unidos habían ganado una batalla esencial, atenuaron la tensión en Washington e hicieron posible que Wilson y Bryan realizaran nuevos planes para lograr la pacificación de la República Mexicana.

Durante las siguientes cuatro o cinco semanas hubo una calma relativa en las relaciones entre ambos países; existían ciertos signos que dejaban entrever el éxito de la misión de Lind a pesar de su aparente fracaso. Este creía sinceramente que Huerta se retiraría y convocaría a elecciones el 26 de octubre, además de que había expresado el deseo de enviar un agente confidencial a Washington.<sup>77</sup>

Lind jubilosamente reportó que desde el punto de vista diplomático, su misión había sido todo un éxito y aconsejó que ya era tiempo de acercarse a los constitucionalistas:

Ya he pedido a Burnside [agregado militar americano] que me aconseje acerca del carácter de las fuerzas revolucionarias que estarán autorizadas ante nuestros buenos oficios para considerar las medidas del cese de hostilidades... La lección del no reconocimiento es nuestra arma; creo que puede ser esgrimida efectivamente en el norte. El verdadero trabajo comienza ahora. No puedo profetizar éxito pero por la posibilidad de éste valen la pena nuestros mejores esfuerzos.<sup>78</sup>

Al día siguiente, Bryan le expresó sus congratulaciones así como las de Wilson, y le aconsejó estar preparado para recibir nuevas instrucciones. Por su parte, O'Shaughnessy informó al Departamento de Estado que Gamboa le había reiterado la promesa de que Huerta no sería candidato. Pero el encargado de negocios tenía sus dudas y sugirió que si Wilson tomaba los pasos necesarios para convencer al gobierno federal de que la intervención armada sería necesaria en caso de que persistiera la situación, sus propuestas serían aceptadas. De igual modo, informó que las intenciones de los Estados Unidos de detener el envío de armas a México no era visto como un inconveniente para Huerta, ya que él recibía la mayor parte del armamento de las potencias europeas.<sup>79</sup>

Así, el embargo favoreció al gobierno federal, ya que los

<sup>77</sup> Link, *Woodrow...*, p. 115-6; Link, *La Política...*, p. 56.

<sup>78</sup> Lind a Bryan agosto 1913, *Wilson Papers*, Ser. 2; citado en: Haley, *op. cit.*, p. 101.

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 102; NAW, O'Shaughnessy a Bryan, agosto 28, 1913, 812.00/8606.

constitucionalistas se vieron cercados. Lind advirtió este desigual efecto tres días después del informe del presidente al Congreso:

El gobierno [de Huerta] aclama con gran satisfacción la actitud anunciada por los Estados Unidos prohibiendo efectivamente los cargamentos de pertrechos a México, sus deseos pueden ser y son obtenerlos de Europa. En vista de la situación sería prudente saber si los Estados Unidos están o no justificados de conocer lo referente a las municiones de guerra destinadas a México como contrabando sin consideración a su origen. En mi opinión ninguna política que no sea igualmente efectiva en contra de todos los combatientes resolverá la situación.<sup>80</sup>

Erróneamente, Lind había pensado que su precipitada salida de la capital intimidaría a Huerta, quien le pediría que se reanudaran las negociaciones, pero al no ver ninguna iniciativa por parte del gobierno mexicano, él por su propia cuenta telegrafió a O'Shaughnessy para que se aproximara al ministro de Relaciones Exteriores y le asegurara que estaba preparado para regresar a la capital y reanudar las pláticas. En una desalentadora contestación, O'Shaughnessy reportó que Gamboa pensaba que no existía ninguna razón por la cual el agente se trasladara nuevamente a la ciudad de México.

Para entonces, tanto Wilson como Bryan estaban preocupados de que futuros avances por parte de los Estados Unidos fuesen vistos como un deseo de hacer concesiones, pero tampoco querían que Lind se viese intimidado por Huerta. Así, en vez de llamarlo a Washington, se le ordenó permanecer en Veracruz, asumir el cargo de observador y reanudar las negociaciones sólo si así lo solicitaba el gobierno mexicano.<sup>81</sup>

La permanencia de Lind en Veracruz se prolongó hasta abril de 1914 y durante esos largos meses siguió de cerca la política de "vigilante espera". Su estancia en el puerto fue triste y solitaria y en sus informes a Washington se notaba la añoranza que sentía por regresar a su país. Sin embargo, este sentimiento se desvanecía con las cartas de Wilson y Bryan, que expresaban un profundo agradecimiento por los servicios tan indispensables que prestaba y que le rogaban per-

<sup>80</sup> NAW, Lind a Bryan, agosto 30, 1913, 812.00-10494; Haley, *op. cit.*, p. 103.

<sup>81</sup> Lind a O'Shaughnessy, agosto 28, 1913, y O'Shaughnessy a Lind, agosto 28, 1913, *Lind Papers*; citado en: Hill, *Emissaries...*, p. 87-8.

manecer en su puesto. El presidente le aseguraba que leía diariamente sus mensajes y que los tomaba muy en serio, y Bryan recalca que sus servicios eran considerados muy importantes para el Departamento de Estado.<sup>82</sup>

La actividad de Lind se concretó a recoger información y enviarla tanto a Wilson como al Departamento de Estado. Su estancia en Veracruz presentaba una doble situación: por un lado era ventajosa porque tenía acceso a opiniones muy variadas, tanto de nacionales como de extranjeros; pero por otra parte, había numerosos refugiados y fugitivos en la población flotante, quienes, con su presencia, dieron a Lind una visión distorsionada del panorama mexicano.<sup>83</sup>

A pesar de que en un principio Lind se había negado a recibir a ciudadanos ordinarios alegando su completo desconocimiento de la problemática nacional, a raíz del rechazo de las proposiciones y con motivo de su cada vez más fuerte simpatía por los constitucionalistas, su habitación del consulado americano se convirtió en el centro de reunión de los revolucionarios. Pero si bien su actitud se tornó observadora y recibió a gran número de visitantes, pronto se sintió abrumado por la cantidad de versiones que recibió.<sup>84</sup>

La primera fase de la misión de John Lind concluyó al mes escaso de haber llegado a México. Fracaso rotundamente en todo cuanto se le ordenó; las proposiciones idealistas de Wilson cayeron en los sordos oídos de Victoriano Huerta. Los ideales militares tan fuertemente arraigados en la mente de éste, le impedían escuchar cualquier argumento sobre democracia o constitucionalidad, y ninguna teoría basada en la moralidad internacional, lo convencería de que él y sus seguidores debían abandonar el poder.<sup>85</sup>

Las instrucciones de Lind fueron específicas y terminantes, pero su fracaso fue también el de Wilson. La indignación de éste era profunda pero veía la realidad mexicana a larga distancia, en tanto que la indignación de Lind iba en aumento mientras más tiempo permanecía en la escena nacional.

<sup>82</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 223.

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 230.

<sup>84</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 102.

<sup>85</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 223.

## LAS NEGOCIACIONES QUE NO VAN A NINGUNA PARTE

Septiembre vio la luz con un nuevo juego por parte de Huerta y Gamboa. La presión ejercida por Lind había mermado considerablemente la paciencia del general y en un nuevo intento de engañar a Wilson, envió a Washington a su agente Manuel Zamacona en la misma calidad con que Lind había venido a México.<sup>86</sup> Este sugirió que se le recibiera, bajo la advertencia de que cualquier arreglo sólo podría concertarse mediante los términos que él fijase desde México. A su vez, O'Shaughnessy creyó sincera la iniciativa de Huerta y también pidió a Bryan que Zamacona fuera recibido.<sup>87</sup>

Después de una serie de notas intercambiadas entre ambos gobiernos, Zamacona llegó a Washington donde se le informó que sería recibido con la condición de que no se discutiera la cuestión del reconocimiento; que quedaba claro que Huerta no sería candidato en las elecciones del 26 de octubre, y que los acuerdos de la entrevista serían comunicados al gobierno mexicano a través de Lind.

Naturalmente, el agente mexicano se negó a seguir estas instrucciones. Huerta y Gamboa fingieron sentirse resentidos ante O'Shaughnessy por la actitud americana, pero de hecho consumaron el propósito de sus intenciones: alargar el tiempo y poder delinear con más precisión sus futuros planes.<sup>88</sup>

O'Shaughnessy comenzaba a preocuparse por el cauce que estaba tomando la situación interna de México. El 10 de septiembre informaba que "si el Congreso se vuelve intolerable, Huerta lo disolverá".<sup>89</sup> Éste, por supuesto, negaba que fuera a establecer una dictadura y enigmáticamente confió a O'Shaughnessy dos promesas políticas que había hecho: "pacificar al país y reformar las leyes".<sup>90</sup>

El 16 de septiembre Huerta anunció al Congreso su ardiente deseo de establecer un régimen constitucional y logró aliviar momentáneamente la preocupación de Lind. Pero el hecho más alentador fue la nominación de Gamboa por el partido Católico el día 24. "Creo que casi hemos llegado al final de

<sup>86</sup> *Ibidem*, p. 236-7; Grieb, *op. cit.*, p. 103.

<sup>87</sup> NAW, O'Shaughnessy a Bryan, sept. 1, 1913, 812.00/8648.

<sup>88</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 238.

<sup>89</sup> NAW, O'Shaughnessy a Bryan, sept. 10, 1913, 812.00/8768.

<sup>90</sup> O'Shaughnessy a Bryan, sept. 24, 1913, *Wilson Papers*, Ser. 2; citado en: Haley, *op. cit.*, p. 103.

nuestros problemas”, escribió Bryan al presidente, mientras que el Departamento de Estado anunciaba la aprobación de la candidatura de Gamboa, aún cuando los estados nortteños no participaran en las elecciones.<sup>91</sup>

El nombramiento de Gamboa y del general Rascón como candidato del partido Católico y el aparente alejamiento de Huerta, convencieron a Bryan de que la lucha pronto terminaría. Sin embargo, esta felicidad duró poco, ya que en la capital, la alarma de que Huerta disolvería el Congreso, se hacía día a día más intensa.

Las siguientes cinco semanas serían de gran desilusión para Wilson, Bryan y Lind; aprenderían que las promesas de Huerta eran de papel y que el viejo general sólo intentaba ganar tiempo.

A fines de septiembre, Lind recibió un mensaje de Loring Olmsted (uno de sus tantos informantes) asegurándole que de buena fuente se sabía que Huerta y Blanquet serían los próximos presidente y vicepresidente respectivamente, y que la promesa de las elecciones no era más que otra mentira de Huerta. Además, afirmaba que la nominación de Gamboa era un engaño. En posesión de esta información, Lind reportó a Bryan que Huerta permanecería en el poder a pesar de todo lo que se hiciera desde Washington.<sup>92</sup>

En octubre y en vísperas de las elecciones se le ordenó a Lind informar al presidente mexicano que “el gobierno de los Estados Unidos no sentirá que se ha logrado un acuerdo constitucional satisfactorio a menos que se haga un honesto y sincero esfuerzo para asegurar la participación y la cooperación de los líderes nortteños. Este gobierno espera que sus buenos oficios puedan ser utilizados para este propósito. En nuestra opinión, es necesario que la participación y la cooperación sean esforzados y aseguren que una libre elección tendrá lugar y en la cual el General Huerta no será candidato”.<sup>93</sup>

Además y actuando de nuevo por su propia iniciativa, Lind se acercó a Huerta con un plan para establecer negociaciones entre el gobierno provisional de la capital y los constitucionalistas. Lind proponía que Huerta, los Estados Unidos y los

<sup>91</sup> Bryan a Wilson, sept. 25, 1913, *Wilson Papers*; citado en: Link, *Woodrow . . .*, p. 116.

<sup>92</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 238.

<sup>93</sup> NAW, Bryan a Lind, oct. 1, 1913, 812.00-9583.

revolucionarios nombraran agentes plenipotenciarios, quienes se reunirían para elaborar los términos del cese de hostilidades y convocarían a elecciones en las que todas las facciones participarían. Irónicamente, el mismo día los rebeldes del Norte anunciaban a Bryan su determinación de permanecer en la lucha y de no participar en las elecciones de octubre.<sup>94</sup>

La victoria de los constitucionalistas en Torreón (8 de octubre) no pasó desapercibida en los Estados Unidos. Lind inició conversaciones informales con un emisario de Huerta y otro de Carranza. El general rechazó todas las proposiciones y Lind atribuyó esta postura al deseo que tenía de permanecer en el poder.<sup>95</sup>

Desde entonces Lind se convirtió en ardiente defensor de la causa rebelde. Todos sus informes estuvieron llenos de alabanzas a los carrancistas y trató de convencer a Bryan de que la situación forzaría irremediabilmente a la intervención militar y que la acción más benigna que podría hacer su gobierno, sería reconocer beligerancia a los rebeldes y levantar el embargo de armas:

¿... No se podría llegar a un acuerdo con los rebeldes, concediéndoles el reconocimiento con la condición de que permitieran la entrada de tropas americanas a los puntos en que la vida y la propiedad carecen de protección adecuada?<sup>96</sup>

Una serie de catastróficos acontecimientos en la ciudad de México, pusieron fin a la "vigilante espera", colocaron al gobierno norteamericano en una abierta hostilidad hacia Huerta y libraron a Wilson y a Bryan de las consecuencias que podría acarrear su promesa de apoyar al nuevo régimen que emanara de las elecciones de octubre.

El día 10, Huerta arrestó a 110 miembros de la Cámara de Diputados y los envió a la Penitenciaría. El Congreso había sido elegido en tiempos de Madero y se había opuesto a Huerta sobre todo a raíz del asesinato del diputado Belisario Domínguez. Ante la amenaza de los diputados de disolver al gobierno y trasladarse fuera de la capital, Huerta cerró la Cá-

<sup>94</sup> Haley, *op. cit.*, p. 105.

<sup>95</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 125-6.

<sup>96</sup> NAW, Lind a Bryan, oct. 9, 1913, 812.00/9143; William M. Rossiter, *Mexican-American Relations, 1913-1920: A Reappraisal*, Chicago, University of Chicago, 1952, 380 p., (Tesis microfilmada inédita), p. 89.

mara y asumió poderes dictatoriales.<sup>97</sup> O'Shaughnessy escribió ese mismo día: "Huerta tiene la espalda en la pared y puede ser considerado desde ahora como un dictador militar absoluto".<sup>98</sup>

La acción de Huerta fue como una bofetada en la cara del demócrata presidente americano y aunque la Secretaría de Relaciones se negó a informar al respecto,<sup>99</sup> lo cierto es que el Departamento de Estado envió un fuerte mensaje al gobierno mexicano:

... No solamente es una violación de las garantías individuales, sino que destruye cualquier posibilidad de elecciones libres. El Presidente cree que una elección sostenida ahora, no tiene ninguna validez por medio de la cual la ley proteja los votos y resulta por lo tanto, que no puede tomarse como la representación de los deseos del pueblo. El Presidente no se sentirá justificado para aceptar el resultado de una elección así ni reconocer al Presidente que de ella salga electo.<sup>100</sup>

De este modo, la disolución del Congreso trajo consigo no sólo el fin de la política de "vigilante espera", sino que desde entonces, Wilson se mostró francamente pro-revolucionario y exigió lograr la renuncia de Huerta "por los medios que sean necesarios".<sup>101</sup>

Confundidos sin duda por su afán de entendimiento con Washington y presionados por sus propios intereses petroleros, un día después del golpe de estado, Sir Lionel Carden llegó a tomar posesión de la legación británica en la capital mexicana.<sup>102</sup> Carden era portavoz de Lord Cowdray y existen fundamentos suficientes para creer que la Secretaría inglesa del Exterior dictó su política hacia México fundamentalmente presionada por este último. El nuevo ministro había servido en diferentes embajadas de Centroamérica y el Caribe, tenía puntos de vista imperialistas y era abiertamente antiamericano.<sup>103</sup>

<sup>97</sup> Link, *La Política...*, p. 60; Flores, *op. cit.*, p. 36-7.

<sup>98</sup> NAW, O'Shaughnessy a Bryan, oct. 10, 1913, 812.00/9166/9173.

<sup>99</sup> *El País*, oct. 14, 1913, p. 1, 3.

<sup>100</sup> Rausch, *op. cit.*, p. 169.

<sup>101</sup> John Morton Blum, *Woodrow Wilson and the Politics of Morality*, introducción y edición: Oscar Handlin, Boston, Little, Brown and Co., 1956, 216 p., p. 89.

<sup>102</sup> Baker, *op. cit.*, v. 4, p. 261.

<sup>103</sup> *Ibidem*; Lind, *Woodrow...*, p. 116-7.

De cualquier modo, el arribo de Carden coincidió con el golpe huertista y este hecho fue considerado por Wilson y Lind como el respaldo británico a la dictadura y como el comienzo de serias complicaciones con aquel gobierno.<sup>104</sup> Edith O'Shaughnessy, esposa del encargado de negocios, escribió: "El señor Lind, por su parte, no guarda en secreto sus convicciones de que Inglaterra tiene intenciones hostiles con respecto a la situación..."<sup>105</sup>

Basando sus informaciones en rumores y reportes de petroleros americanos, Lind concluyó que el dinero de Lord Cowdray mantenía a Huerta en el poder y que a cambio de su ayuda, el industrial británico exigía nuevas concesiones que le permitieran satisfacer las necesidades petroleras de la Marina Real durante 50 o 100 años más.

Más aún, Lind pensaba que el gabinete inglés había accedido a la demanda de Cowdray de que Stronge fuese sustituido por Carden, como arma de los intereses petroleros ingleses, y que, temerosos de las simpatías demostradas por el Congreso a los rebeldes, Cowdray y Carden habían insistido en el establecimiento de la dictadura. El fin último de esta conspiración—insistió Lind— era lograr el control completo de todos los yacimientos petrolíferos de México. Y para asegurar el triunfo, Carden hallaría los medios de mantener a Huerta en el poder a pesar de las elecciones.<sup>106</sup>

Los análisis de Lind sobre la intervención inglesa, de hecho tenían pocas bases y estaban sustentadas en informaciones falsas de petroleros americanos. De cualquier forma, no importa que tan erróneas hayan sido sus apreciaciones, el hecho es que Wilson y Bryan le creyeron y basaron la mayor parte de su política hacia México en base a los reportes de su agente confidencial. Como resultado, Wilson emprendió una campaña de presión diplomática para forzar al gabinete británico a olvidarse de sus aspiraciones en México y ayudarlo a echar a Huerta del poder.<sup>107</sup>

Para sorpresa de los americanos, el 14 de octubre Carden

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>105</sup> Edith O'Shaughnessy, *Huerta y la Revolución vistos por la esposa de un Diplomático en México*, traducción, prólogo y notas: Eugenia Meyer, México, Ed. Diógenes, 1971, 340 p., p. 57.

<sup>106</sup> NAW, Lind a Bryan, oct. 15, 1913, 812.00/9128./9141; Hill, "The Progressive...", p. 360.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 364-5.

manifestó a Huerta que la disolución del Congreso no había sido del agrado de Inglaterra, pero el dictador simplemente replicó que su acción era de incumbencia estrictamente nacional y de ninguna potencia extranjera.

Por su parte, la política británica tenía poca confianza en las palabras de Wilson sobre la integridad territorial de México, y si bien no aprobaba al gobierno huertista, sentía que la postura americana era demasiado idealista.<sup>108</sup>

Después del golpe de Huerta, Lind estaba más que convencido de que no había esperanzas de llegar a un acuerdo amistoso; pensaba que la solución de los conflictos radicaba en la intervención militar y en la ayuda americana a los rebeldes. La señora O'Shaughnessy escribiría a su madre:

Estoy bastante preocupada por la conversación que tuve con el señor Lind, puesto que me comunicó su convicción de que debe apoyarse el avance rebelde levantando el embargo y me temo que esto será precisamente lo que recomiende en Washington... El libro del porvenir mexicano oscila frente a él como un pergamino; ¿es posible que no sepa leerlo? Cualquiera medida que tomase para limitar o exterminar el poder central de México, sólo ocasionaría calamidades...<sup>109</sup>

El 22 de octubre, O'Shaughnessy se entrevistó con Carden y éste le aseguró que su gobierno no intentaba adoptar una política antiamericana, sino que por el contrario, deberían unir sus mejores esfuerzos para apoyar a una administración que lograra la paz en México. Pero el diplomático americano se mostró receloso y así lo hizo saber al Departamento de Estado, subrayando que los intereses británicos en América Latina eran puramente comerciales y que poco importaba a la Gran Bretaña las formas de gobierno que imperasen en ella.<sup>110</sup>

Por otra parte, informó a Bryan que no existía ningún candidato oficial, pero que Huerta no se postularía abiertamente; señaló que las posibilidades podían ser tres:

1. Que el nuevo Congreso electo por Huerta declarara nulas las elecciones y por lo tanto éste permaneciera en el poder;
2. que los distritos electorales declararan electo a Huerta

<sup>108</sup> Rossiter, *op. cit.*, p. 81.

<sup>109</sup> O'Shaughnessy, *op. cit.*, p. 61.

<sup>110</sup> NAW, O'Shaughnessy a Bryan, oct. 20, 22, 1913, 812.00/9289.

- y a Blanquet como presidente y vicepresidente, respectivamente, y que el Congreso apoyase esta decisión, o
3. que no sería electo ningún candidato y Huerta elegiría a quien él quisiera.<sup>111</sup>

Dos días más tarde el dictador llamó al Cuerpo Diplomático para asegurarle que las elecciones programadas para el 26 de octubre se llevarían a cabo como se había dispuesto, que él respetaría al candidato que triunfara y que a pesar de que varias personas le habían mostrado su adhesión, se declararían nulo todo voto a su favor. Por otra parte, puso especial empeño en reafirmar ante O'Shaughnessy sus propósitos de pacificación y su deseo de que las relaciones entre ambos gobiernos volvieran a la normalidad.<sup>112</sup>

Como prometió Huerta, el día 26 tuvieron lugar las tan sonadas elecciones en medio de una apatía general por parte de la población. Cuando se terminó el cómputo, se anunció que se invalidaba la elección pues la mayoría de votos favorecían a dos candidatos inelegibles: Huerta y Blanquet, y que el primero permanecería en el poder con el fin de convocar a nuevas elecciones en un futuro inmediato.<sup>113</sup>

Después de estos acontecimientos, Wilson instruyó a O'Shaughnessy reiterar la demanda de la renuncia de Huerta, pues de no ser así, los Estados Unidos insistirían en términos de ultimátum y el presidente se vería forzado a proponer ante el Congreso americano serias medidas prácticas. Asimismo, el presidente ordenó a Lind regresar a la capital para recibir la respuesta a estas nuevas demandas. Lind insistía en que Huerta disolviera el Congreso antes de dejar el poder, mientras que el general argumentaba que si así lo hacía no tendría ante quien renunciar.<sup>114</sup>

Por otra parte, Wilson tomó medidas enérgicas para alinear a otros países dentro de su política. En los últimos días de octubre, se había dedicado a completar una nota que enviaría a las principales potencias. Esta nota acusaría a dichas naciones y particularmente a la Gran Bretaña, de dirigir sus políticas basadas únicamente en intereses materiales.<sup>115</sup>

<sup>111</sup> *Ibidem*, oct. 22, 1913, 812.00/9326.

<sup>112</sup> *Ibidem*, oct. 24, 1913, 812.00/9344.

<sup>113</sup> Rausch, *op. cit.*, p. 170; NAW, O'Shaughnessy a Bryan, oct. 26, 1913, 812.00/9407.

<sup>114</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 111.

<sup>115</sup> *Ibidem*, p. 170-1.

La prensa americana comentó ampliamente la nota que su mandatario estaba por enviar. En realidad, ésta nunca fue presentada a los ingleses; el presidente se la había dado a John Bassett Moore, consejero del Departamento de Estado, con el fin de que le diera los últimos toques y le agregara un párrafo de la Doctrina Monroe.

Moore se horrorizó al leer el contenido del mensaje y dio a Wilson una verdadera lección de métodos diplomáticos. Enfatizó que la Doctrina Monroe no estaba involucrada y que los países extranjeros podían otorgar el reconocimiento a las naciones latinoamericanas, si ese era su deseo, sin pedir permiso a los Estados Unidos. Además —concluyó Moore— se acusaba impropriamente a Inglaterra y el gobierno americano no tenía las suficientes evidencias para hacerlo.<sup>116</sup>

El 27 de octubre Wilson pronunció un discurso en Alabama; en él culpó a los concesionarios extranjeros de instigar la lucha en Latinoamérica. Obviamente dirigía sus palabras a los británicos y afirmó que los Estados Unidos ayudarían a las repúblicas americanas a librarse de la opresión comercial a que estaban sujetas por parte de los intereses extranjeros.

Alarmados por estas declaraciones, los ingleses intentaron acercarse a los norteamericanos y decidieron actuar de acuerdo a la política de Wilson. Carden fue comisionado para mediar entre Huerta y los Estados Unidos, pero el dictador rehusó los buenos oficios del ministro británico. Ahora sí, Huerta sabía que no recibiría más el apoyo inglés en sus conflictos con la Casa Blanca.<sup>117</sup>

La famosa política hacia América Latina que Wilson anunció en Alabama, pudo haber parecido novedosa. Sin embargo, era como en sus declaraciones anteriores, la expresión directa de sus propias ideas y no sólo una respuesta a las condiciones prevalecientes. Ya no manifestó su deseo de entablar relaciones más cordiales con Latinoamérica, sino que analizó la profundidad de las mismas. Al hacerlo, dio a conocer los fundamentos esenciales de su nueva política: era una "unión espiritual" entre Norte y Sudamérica lo que él buscaba. Se separó más que nunca de la política materialista al declarar: "El interés no une a las naciones, algunas veces las separa."<sup>118</sup>

<sup>116</sup> *Ibidem*; Link, *La Política...*, p. 70-1.

<sup>117</sup> Hill, *Emissaries...*, p. 106; Luis G. Zorrilla, *Historia de las Relaciones entre México y los Estados Unidos de América, 1800-1958*, 2v., México, Porrúa, 1966, mapas (Biblioteca Porrúa, 30), v. 2, p. 251-2.

<sup>118</sup> Notter *op. cit.*, p. 266-7.

## EL VIEJO DICTADOR SE DEFIENDE

Ante la crítica situación prevaleciente en la capital, los ministros de Alemania, Rusia y Noruega se trasladaron a Veracruz, donde nuevamente se encontraba Lind. Todos estuvieron de acuerdo en que el panorama era verdaderamente caótico y confidencialmente informaron a Lind que ellos estaban ansiosos de que los Estados Unidos actuaran ya de manera definitiva.

El alemán Von Hintze fue el más enfático de todos; no pensaba que el problema fuese serio desde el punto de vista militar pues consideraba muy débil al ejército mexicano y además, estaba seguro de que las personas inteligentes de la República, verían con buenos ojos la intervención.<sup>119</sup>

Mientras tanto, en la capital O'Shaughnessy presentaba al secretario privado de Huerta las proposiciones de Wilson y utilizó toda la presión que pudo durante los tres días siguientes para obligar al general a ceder.

En un principio el dictador se mostró dispuesto a renunciar y la administración instruyó a Lind para que volviera a la capital y reanudara las negociaciones y concertara el establecimiento del nuevo gobierno. Pero Huerta, indignado por las informaciones norteamericanas sobre el ultimátum de Wilson, se endureció súbitamente.<sup>120</sup>

Buscando una nueva confrontación con el gobierno federal, Lind se trasladó a la capital el 7 de noviembre. Esta vez, su conducta fue completamente diferente a la asumida al principio de su misión; entonces se había conducido como un hombre pacífico y tolerante. Sin embargo, en noviembre fue brusco con todos y no le importó si su actuación era vista como una intervención en la soberanía mexicana. Percatándose de que los miembros del Cuerpo Diplomático y de la colonia extranjera temían más que nada la posibilidad de la victoria revolucionaria, Lind se deleitaba al proferir amenazas acerca de la posible derogación del embargo.<sup>121</sup>

En sus mensajes sugirió firmemente que nada se dejara ya a la iniciativa de Huerta porque todo lo frustraría con engaños y demoras. El agente señaló concretamente que al dejar Huerta

<sup>119</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 243; NAW, Lind a Bryan, nov. 3, 1913, 812.00/9513.

<sup>120</sup> Link, *La Política* . . . , p. 77.

<sup>121</sup> Hill, *Emissaries* . . . , p. 104-5.

el poder, fuese sustituido por Jerónimo Treviño, Lascuráin debía volver a Relaciones y la cartera de Guerra debía ofrecerse a Felipe Angeles. Pero si se acordaba que en vez de un presidente fuera una junta la que gobernara al país, Lind propuso que quedara constituida, además de los citados, por Miguel Ruelas, Luis Elguero, Alonso Rodríguez Miramón y... Porfirio Díaz.<sup>122</sup>

Por su parte, Huerta envió una circular a las potencias extranjeras, reafirmando la constitucionalidad de su gobierno y subrayó su determinación de permanecer en el poder hasta dejar pacificada la nación. Ante este hecho, Lind se esforzó inútilmente por entrevistarse con él, mientras que O'Shaughnessy recibía órdenes de amenazar al general con romper las relaciones diplomáticas si no renunciaba.<sup>123</sup>

El 9 de noviembre hubo una comida en la embajada y en ella, el ministro alemán Von Hintze sugirió a Lind que las amenazas no funcionarían con Huerta, mientras que el norteamericano afirmó que lo crucial en esos momentos era el giro que pudiesen tomar las relaciones anglo-americanas y que los Estados Unidos no admitirían jamás el dominio de los intereses británicos en detrimento de los norteamericanos.<sup>124</sup>

La resolución del gobierno alemán de apoyar la política wilsoniana, se tradujo a su vez en una presión mayor por parte de los Estados Unidos, para apartar a Inglaterra de México.

En términos precisos, los ingleses se vieron forzados a escoger entre la amistad de los Estados Unidos, o las ventajas que pudieran sacar apoyando a Huerta. Sir Edward Grey estaba francamente asustado acerca de lo que podría suceder con los intereses británicos en México si los constitucionalistas triunfaban. Si Huerta era eliminado y los rebeldes obtenían el control del país ¿asumirían los Estados Unidos la responsabilidad de proteger las propiedades inglesas en México?

Estas cuestiones fueron discutidas y contestadas cuando Grey envió a Washington a su secretario, Sir William Tyrrell, para entrevistarse con Wilson. El británico prometió que la Secretaría del Exterior negaría su reconocimiento a Huerta; por su parte, Wilson aseguró al enviado inglés que "enseñaría a las repúblicas sudamericanas a elegir buenos hombres" y que

<sup>122</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 138-9; NAW, Lind a Bryan, nov. 2, 7, 1913, 812.00/9507, /9511, /9513, /9532, /9556.

<sup>123</sup> Rausch, *op. cit.*, p. 174.

<sup>124</sup> O'Shaughnessy, *op. cit.*, p. 57; Flores, *op. cit.*, p. 40.

los Estados Unidos lucharían por establecer un gobierno en México "bajo el cual todos los contratos, negocios y concesiones estuvieran más seguros que nunca".<sup>125</sup>

Las subsecuentes negociaciones entre Londres y Washington, lograron para mediados de noviembre el establecimiento de un acuerdo anglo-americano sobre México. En efecto, Grey subordinó su política a los deseos personales de Wilson y aunque no retiró el reconocimiento formal a Huerta, frenó la actividad de Carden y lo depuso poco después de su cargo en México; además, hizo ver al gobierno federal que no recibiría más el apoyo de la Secretaría británica del Exterior.<sup>126</sup>

Aparentemente, Wilson creyó que sus exitosos esfuerzos por eliminar la ayuda británica a Huerta, llevarían al dictador a retirarse de la política mexicana, pero éste, lejos de amedrentarse, continuó consolidando su propio poder en la ciudad de México y no dio ninguna señal de estar dispuesto a dejar su cargo.<sup>127</sup>

Otras naciones europeas pronto siguieron el ejemplo de Inglaterra, especialmente después de que Wilson les comunicó que estaba dispuesto a negar al gobierno mexicano cualquier tipo de ayuda material y económica. Aunque ningún país retiró el reconocimiento al gobierno provisional, ni mostró evidencias de simpatía hacia la administración moralista de Wilson, se cuidaron de determinar su política hacia México. El resultado de esto fue el creciente aislamiento diplomático del régimen huertista.<sup>128</sup>

Dispuesto a prestar su ayuda, Von Hintze reunió confidencialmente a Lind, O'Shaughnessy, Jesús M. Rábago (secretario privado de Huerta) y al ministro de Bélgica; el representante de Huerta insistía en que la renuncia del general no podía ser muy apresurada pues había que salvar su honor, pero Lind no quiso escuchar nuevas promesas y exigió que se disolviera inmediatamente el Congreso y que Huerta se retirara sin ninguna condición.<sup>129</sup>

Horas después llegó el ultimátum de Washington que amenazaba a Huerta con la ruptura total de relaciones diplomá-

<sup>125</sup> Wilson a Tyrrell, nov. 22, 1913; citado en: Link, *Woodrow . . .*, p. 119.

<sup>126</sup> Link, *La Política . . .*, p. 73-4.

<sup>127</sup> Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution, The Constitutionalist Years*, Austin, University of Texas Press, 1972, 450 p., ils., p. 108.

<sup>128</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 113-7; Hill, *Emissaries . . .*, p. 108.

<sup>129</sup> NAW, Lind a Bryan, nov. 11, 1913, 812.00/9675.

ticas si no se acataban las decisiones del gobierno americano. O'Shaughnessy entregó la nota a Rábago y se fijó la medianoche del 12 de noviembre como plazo para que Huerta disolviera el Congreso; ambos diplomáticos acordaron reunirse ese mismo día con Lind para entrevistarse con Huerta en Palacio Nacional, pero ni el general ni su secretario se presentaron. Un ministro de Huerta le confesó a O'Shaughnessy que el presidente se había enfurecido con sólo escuchar el nombre de Lind. Como resultado de esto, el emisario de Wilson no esperó instrucciones de Washington y partió violentamente hacia Veracruz.<sup>130</sup>

Cuando Lind salió de la capital, Garza Aldape entregó a O'Shaughnessy una nota de Huerta referente exclusivamente al Congreso:

1. Este se reuniría para dictaminar la validez o nulidad de las elecciones, con la advertencia de que se adoptaría la segunda medida por haber sido imposible la instalación del número reglamentario de casillas;
2. El Congreso confirmaría las facultades extraordinarias concedidas al ejecutivo el 11 de octubre, las cuales durarían hasta su siguiente reunión, y
3. el Congreso convocaría a elecciones de presidente, vicepresidente, diputados y senadores, y acto seguido decretaría su propia disolución.<sup>131</sup>

Wilson ni siquiera prestó atención a estas proposiciones y a su vez formuló dos condiciones indispensables para continuar con las negociaciones:

1. Que Huerta no reuniera al Congreso el 15 de noviembre, y
2. la eliminación absoluta del primero tan pronto se nombrara un presidente interino aceptable para los Estados Unidos, el cual sería escogido mediante negociaciones de Lind y O'Shaughnessy con Huerta, o con quien él designara, y una vez acordado el gobierno provisional, se harían los arreglos necesarios para su pronto reconocimiento.<sup>132</sup>

<sup>130</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 140; Rausch, *op. cit.*, p. 174-5.

<sup>131</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 140-1.

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 141; NAW, O'Shaughnessy a Bryan, nov. 14, 1913, 812.00/9705.

Garza Aldape transmitió la tarde del día 14 la respuesta de Huerta. El desafío del dictador no se concretó al rechazo de intervención de cualquier potencia en los asuntos internos de México, sino que al día siguiente reunió a la Cámara de Diputados en sesión preliminar para acordar, entre otras cosas, que la apertura formal tendría lugar el 20 del mismo mes.

Desesperado ante la astucia del presidente, O'Shaughnessy inclinó sus gestiones al plan original de Wilson: la renuncia de Huerta. Con este fin, se entrevistó con el senador José Castellot; asimismo trató de convencer a los diplomáticos de Brasil, Argentina y Cuba para que no asistieran al acto inaugural. Pero todas sus gestiones fueron vanas: el Congreso se reunió, confirmó su propia elección declarando nula la pasada votación, Huerta leyó su mensaje y todo el Cuerpo Diplomático, con excepción de O'Shaughnessy, asistió a la ceremonia.<sup>133</sup>

Mientras tanto, el continuo avance del ejército constitucionalista hacia la capital, convencía cada día más a Wilson de que los rebeldes podrían ser el instrumento para lograr la caída de Huerta, sin tener que intervenir militarmente. Desde mediados de octubre, Carranza había establecido un gobierno provisional en Hermosillo, Sonora, y tenía controlada la mayor parte de los estados norteros.

Sin embargo, la cuestión principal en la mente de Wilson era saber si los constitucionalistas eran lo suficientemente capaces para gobernar al país y si él, desde Washington, podría controlarlos. Para encontrar una respuesta adecuada a sus dudas, a mediados de noviembre envió a Nogales a Bayard Hale, con un mensaje de suprema importancia para el Primer Jefe, proponiéndole nada menos, una cooperación conjunta de constitucionalistas y americanos en la lucha contra Huerta.<sup>134</sup>

Hale celebró pláticas con los revolucionarios del 12 al 14 de noviembre. En ellas, el agente americano aseguró que Wilson estaba dispuesto a permitir la exportación de armas, pidiendo únicamente a cambio las garantías necesarias para salvaguardar las vidas e intereses de los americanos en México y la seguridad de que Huerta renunciaría inmediatamente y se establecería un gobierno provisional mientras se convocaba a nuevas y libres elecciones.

<sup>133</sup> Ulloa, *op. cit.*, p. 141-2; NAW, O'Shaughnessy a Bryan, nov. 15, 1913, 812.00/9757.

<sup>134</sup> Link, *Woodrow ...*, p. 120.

Carranza argumentó que no consentiría la intervención americana en los asuntos domésticos del país y dio por terminadas sus pláticas con Hale. Así, la cuestión del embargo quedó en suspenso hasta enero de 1914.<sup>135</sup>

Nuevamente la política de enviar agentes a México, disgustó enormemente a la opinión pública mexicana:

Bayard Hale ante Carranza y el tristemente célebre Lind ante el general Huerta, han desempeñado "dignamente" su papel. Tanto el uno como el otro han cumplido "admirablemente" aunque sin el menor éxito sus honrosas misiones.

Ambos han ofrecido el apoyo de su poderoso Gobierno a cambio de ciertas concesiones que parecen haberse traslucido al público... [Sin embargo] el general Huerta, con altísimo patriotismo, rechazó altivamente las condiciones...<sup>136</sup>

Tanto Huerta como los constitucionalistas rechazaban así los esfuerzos de Wilson para llegar a un arreglo; ya que el presidente americano estaba convencido de que su política era correcta, al acercarse 1914 empezó a favorecer cada vez más a los rebeldes. El presidente creía en cuatro pasos a seguir:

1. Retirar a sus diplomáticos;
2. levantar el embargo;
3. bloquear los puertos, y
4. usar el ejército.

Sin embargo, no intentó poner por el momento en marcha estas medidas y volvió a su política de "vigilante espera".<sup>137</sup>

Durante todo el mes de diciembre, Lind planteó a Bryan la posibilidad de que los Estados Unidos proporcionaran ayuda a los constitucionalistas, facilitándoles armas y evitando así la intervención militar directa. Afirmaba que si los rebeldes estuvieran bien abastecidos, les sería fácil derrotar a Huerta, y entonces Carranza podría hacerse cargo del gobierno provisional.

Por otra parte —decía Lind—, si los Estados Unidos no llega-

<sup>135</sup> Berta Ulloa, "Carranza y el armamento norteamericano", en: *Historia Mexicana*, vol. xvii, núm. 2, oct.-dic. 1967, p. 253-262, p. 258; Meyer, *op. cit.*, p. 124.

<sup>136</sup> *El País*, nov. 20, 1913, p. 1, 4.

<sup>137</sup> Rausch, *op. cit.*, p. 123.

ban pronto a un acuerdo con México, se podrían presentar complicaciones con Europa. El agente se refirió especialmente a los españoles, quienes podrían precipitar la intervención norteamericana porque eran los que más estragos habían sufrido durante la Revolución, aunque concedió que el mayor riesgo lo constituía sin lugar a dudas la Gran Bretaña, cuyo gobierno estaba dispuesto a obtener mayores ventajas en México, desbancando a los Estados Unidos del lugar preponderante que ocupaban.<sup>138</sup>

O'Shaughnessy también enviaba informes alarmantes al Departamento de Estado. Los federales habían recuperado Torreón y esto renovaba el prestigio de Huerta. El encargado de negocios, al igual que Lind, opinaba que la única solución para ayudar a los rebeldes era levantar el embargo de armamento, ya que en la situación reinante, éstos sólo conseguían armas en cantidades mínimas, mientras que Huerta se las proveía de Europa, con lo que fácilmente seguiría derrotando a los constitucionalistas y llegaría a establecer una dictadura permanente.<sup>139</sup>

Los mensajes de Lind se fueron volviendo más y más fuertes. Describía detalladamente la caótica situación prevaleciente en México y apremiaba a su gobierno para terminar la guerra: "Mientras más tiempo continúe [la lucha], más difícil será la rehabilitación del desafortunado país y será mayor el riesgo de una intervención armada... A los federales les falta capacidad y a los revolucionarios los medios para poner fin a la guerra".<sup>140</sup>

Antes de salir de Veracruz, Lind había tenido contacto con un mormón norteamericano llamado H. L. Hall, quien pretendía estar de acuerdo con Emiliano Zapata, y que por conducto del cónsul general en México, Arnold Shanklin, trató de que Lind y un coronel zapatista de apellido Martínez, discutieran la forma de entablar relaciones con el movimiento zapatista y el gobierno de Wilson; Lind nunca se entrevistó con Martínez, pero a través de Shanklin se acordó utilizar un lenguaje en clave; Lind sería conocido como "Juárez", Shanklin

<sup>138</sup> Ulloa, *La Revolución...*, p. 144-5; NAW, Lind a Bryan, dic. 14, 1913, 812.00/10185.

<sup>139</sup> NAW, O'Shaughnessy a Bryan, dic. 13, 1913, 812.00/10168.

<sup>140</sup> *Ibidem*, Lind a Bryan, dic. 22, 1913,

como "Paz", Zapata como "Dix", Hall como "Clark" y Martínez como "Brady".<sup>141</sup>

Lind reportó a Shanklin que Washington mostraba la más cálida simpatía por los "amigos de Martínez" y que usaría sus buenos oficios para ayudarlos, siempre y cuando se abstuvieran de atacar la capital.

Sin embargo, Zapata y Martínez se mostraron reacios a cooperar. A través de Hall y Lind trataron de obtener una suma de dinero en pago a negarse el privilegio de entrar a la ciudad de México. Por conducto de Shanklin, Lind informó a Zapata que su gobierno no podía dar dinero ni siquiera para fines caritativos, pero sugirió la posibilidad de que la Cruz Roja americana los ayudara: "Zapata debe comprender de una vez por todas que no ha habido negociaciones entre él y el gobierno americano."

Incapaz de obtener el dinero que deseaba, Zapata comunicó a Shanklin que procedería como mejor le pareciera y abruptamente finalizó las pláticas.<sup>142</sup>

La cada vez más complicada situación, llevó a Wilson a la conclusión de que las notas de Lind ya no eran suficientes y que debía hablar personalmente con él. Así, la cita se concertó para el 2 de enero de 1914, a bordo del "Chester", en Gulfport, Mississippi.

A pesar de que nadie sabe a ciencia cierta lo que hablaron, Lind salió con la impresión de que el presidente estaba de acuerdo con él acerca de lo que sucedía en México. Si el agente interpretaba correctamente los argumentos de Wilson, sus reportes tendrían influencia en las decisiones del mandatario americano.<sup>143</sup>

Después de esta entrevista, Lind se mostró mucho más franco en sus informes e incluso juzgó la política de su gobierno en una carta que envió a Wilson:

Es muy divertido para mí, Señor Presidente, cuando leo las estudiadas disertaciones de hombres como Woolsey, Harvey y otros que se mofan de su política mexicana como el sueño de un idea-

<sup>141</sup> Testimonio de Lind, abril 27, 1920, *Senate Documents*, núm. 285, 66 Cong., 2<sup>ª</sup> Ses., p. 2350-52; citado en: Stephenson, *op. cit.*, p. 266.

<sup>142</sup> Alberto María Carreño, *La Diplomacia Extraordinaria entre México y Estados Unidos, 1789-1947*, 2v., 2<sup>ª</sup> ed., México, Editorial Jus, 1961, v. 2, p. 247; Stephenson, *op. cit.*, p. 266.

<sup>143</sup> Haley, *op. cit.*, p. 125-6.

lista teórico que no tiene concepción alguna sobre la situación mexicana o sobre política internacional... estoy plenamente convencido de que todo lo justificable e idealista que su política pueda ser, su importancia económica y política para los Estados Unidos es tanto mayor en cuanto que uno está justificado en no hacer ninguna comparación entre el derecho y el interés. Si el gobierno de Huerta, o más bien, los principios establecidos por el gobierno de Huerta prevalecen, México continuará siendo un anexo europeo, industrial, financiera, política y sentimentalmente, excepto en la industria minera, donde el valor y los recursos americanos han avanzado, como diría usted, por medios puramente físicos.

Si los revolucionarios triunfan, y nosotros estamos encargados de eso, entonces las masas se voltearán y tendremos un régimen mexicano que al menos será imparcial y que se espera sea amistoso.<sup>144</sup>

Los rumores de que si los Estados Unidos no resolvían exitosamente la cuestión mexicana y la posibilidad de una intervención conjunta por parte de las potencias europeas, llevaron a Wilson a la conclusión de que un franco acercamiento a los rebeldes era lo mejor que podía hacer en esos momentos.

El 27 de enero de 1914, Wilson comenzó las negociaciones con Luis Cabrera, agente de Carranza en Washington. Las demandas del presidente se tornaron menos severas ante la indiferencia constitucionalista; Cabrera fue informado de que los Estados Unidos temían que el gobierno del Primer Jefe se volviera muy radical en caso de triunfar, pero el agente mexicano aseguró que los revolucionarios no adoptarían ninguna medida anticonstitucional.<sup>145</sup>

Estas seguridades eran todo lo que Wilson necesitaba para justificar lo que según admitía "era un curso inevitable de acción, dadas las circunstancias". Ahora sí se encontraba listo para efectuar un cambio radical en su política mexicana, es decir, abandonar su antiguo plan de establecer un gobierno provisional en la capital mexicana e inclinarse a dar pleno apoyo a los constitucionalistas.<sup>146</sup>

A pesar de eso, Lind se mostraba cada vez más desesperado; el 26 de enero insistió de nuevo: "si todavía se tiene el pro-

<sup>144</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 253.

<sup>145</sup> Rossiter, *op. cit.*, p. 90; Rausch, *op. cit.*, p. 178.

<sup>146</sup> Link, *La Política...*, p. 86.

yecto de derogar el embargo, estoy seguro que ahora es el momento indicado”, y dos días después: “ha transcurrido un mes desde mi entrevista con el presidente y no tengo conocimiento de que se haya hecho algo de lo que sugerí en dicha conversación. ¿Siguen en pie los planes?”

Tres días después llegó la tan esperada respuesta de Bryan: el presidente había decidido derogar el embargo.<sup>147</sup>

De todo esto se puede concluir que la única promesa que hizo Wilson en su entrevista con Lind, fue la de derogar la prohibición de exportar armas a México.

#### TERMINA LA “VIGILANTE ESPERA”

Tanto los informes alarmantes de Lind y O’Shaughnessy, como su propia desesperación de no lograr sus fines, llevaron a Wilson a principios de febrero a firmar el decreto para levantar el embargo de armamento a México, con lo que, pensó, facilitaría el triunfo de los rebeldes y obligaría a Huerta a retirarse.

Por su parte, Lind y O’Shaughnessy recogieron y transmitieron al Departamento de Estado las repercusiones que tuvo en México la revocación del embargo. El ejecutivo mexicano trató de demostrar que las medidas tomadas por la Casa Blanca, en vez de perjudicar a su gobierno, lo ayudarían a terminar con la guerra civil.<sup>148</sup>

Con tal motivo, dos días después de la declaración de Wilson, el ministro de Gobernación, doctor Ignacio Alcocer, informó a la prensa:

Creo que la medida de los Estados Unidos para la libre exportación de armas hacia nuestro país, caso de ser cierta, es prueba evidente de grandísima sinceridad, porque hace mucho tiempo nadie ignora que en nuestra frontera norte había sobre este asunto una tolerancia disimulada.

Con esta determinación, los descontentos no darán un paso más en su tarea revolucionaria y el actual Gobierno de Méjico sacará grandísimo provecho, porque se le presenta una feliz oportunidad para dar a conocer la fuerza de que realmente dispone.<sup>149</sup>

<sup>147</sup> Ulloa, *La Revolución...*, p. 146; NAW, Bryan a Lind, enero 29, 1914, 812. 00/10703.

<sup>148</sup> Ulloa, “Carranza...”, p. 261.

<sup>149</sup> *El País*, feb. 5, 1914, p. 1.

En opinión de Lind, sólo los aristócratas estaban indignados por la resolución americana, no así el pueblo, que recibió la noticia con júbilo, lo mismo que los constitucionalistas, quienes ya tenían en la frontera una considerable cantidad de municiones en espera de transporte.<sup>150</sup> Además, le confió a un amigo que el fin perseguido por Wilson era dar oportunidades iguales a las dos facciones contendientes, para que, al luchar con armas iguales, se definiera cual de los beligerantes, siendo el más fuerte, tenía derecho a gobernar.<sup>151</sup>

A pesar de la "buena acción" de Wilson, el levantamiento del embargo intensificó el conflicto, ya que ambos bandos se equiparon, si bien el decreto favoreció a los rebeldes, ya que ellos controlaban toda la línea fronteriza y así importaron las armas más rápido que el gobierno federal.<sup>152</sup>

Sin embargo y como el decreto de Wilson no cambiara en forma determinante la situación, Lind aconsejó una acción más drástica por parte de los Estados Unidos. El 14 de febrero propuso que el agregado militar americano planeara un ataque de los rebeldes a los barcos federales en Tampico. Asimismo, sugirió que los buques americanos ocuparan los puertos del Golfo de México, cortando así las vías de aprovisionamiento de combustible. Los puertos, además de ser la principal fuente de ingresos de Huerta, eran esenciales para recibir ayuda material —incluyendo armas— de Europa.<sup>153</sup>

A fines de febrero, un periódico neoyorkino publicó una serie de artículos escritos por James Creelman, los cuales se difundieron ampliamente en los Estados Unidos y México. Su propósito original fue contrarrestar los efectos del *México Bárbaro* de John Kenneth Turner, y por tal motivo, el otro entrevistador de Porfirio Díaz, se dirigió a México.

Lind se entrevistó con Creelman en Veracruz y comprendió que su misión convendría a los intereses de Huerta. Pero antes de que Creelman partiera, Lind tuvo la impresión de que el periodista pensaba que el dictador caería pronto y que los Estados Unidos se verían forzados a intervenir antes de que terminara el año. El agente también se percató de que Creel-

<sup>150</sup> NAW, Lind a Bryan, feb. 4, 1914, 812.00/10788.

<sup>151</sup> *El País*, feb. 7, 1914, p. 2.

<sup>152</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 122.

<sup>153</sup> *Ibidem*, Rossiter, *op. cit.*, p. 94.

man se cuidaba de exponer sus propias opiniones y que lo inducía a hablar a él la mayor parte del tiempo.

Cuando los reportajes salieron a la luz, Lind se dio cuenta de que se referían con hostilidad a su persona, ya que lo retrataban sentado en la cima del consulado americano, como estuvo siete meses, esperando sonriente "mientras México y sus quince millones de hombres, mujeres y niños iban a la ruina".<sup>154</sup>

A pesar de que Bryan intentó apaciguarlo, el reportaje de Creelman y las frecuentes manifestaciones en su contra, llevaron a Lind a un estado de suma ansiedad y nerviosismo. El almirante Fletcher reportó que lo había encontrado "alterado y no muy bien de salud y temeroso de su seguridad personal".<sup>155</sup> Con el fin de calmarlo, Fletcher envió una guardia de marinos al consulado la cual ya no se separaría del agente hasta su salida del país.

Convencido cada vez más de que Huerta no dejaría el poder, Lind continuó argumentando en favor de los rebeldes, como lo demuestra su despacho del 3 de febrero cuando afirma que "Huerta trata de conseguir ayuda financiera por cualquier medio, y la presión económica sobre él no basta para acabar con su dictadura".<sup>156</sup> Cuatro días más tarde, apremia al gobierno americano para prestar ayuda a los revolucionarios. El 21 del mismo mes, solicita directamente la intervención de artilleros americanos para reforzar a los rebeldes.<sup>157</sup> El 24 manda un despacho con carácter de urgente:

La situación en México es desesperada. Los préstamos forzosos, nuevos impuestos, venta de propiedades públicas, están a la orden del día. Las inversiones extranjeras en comercio, minas y fábricas sufren graves amenazas de ser destruidas. La opinión general tanto de extranjeros como de mexicanos es que si no obtienen pronto una victoria decisiva, los Estados Unidos deberán asumir una actitud intervencionista.<sup>158</sup>

La situación se tornaba cada día más grave. Huerta se afe-  
raba más que nunca al poder y los logros revolucionarios

<sup>154</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 257.

<sup>155</sup> Fletcher, a Daniels, feb. 4, 1914, *Daniels Papers*, caja 39; citado en: Hill, *Emissaries . . .*, p. 170-1.

<sup>156</sup> NAW, Lind a Bryan, feb. 3, 1914, 812.00/10778.

<sup>157</sup> Lind a Bryan, feb. 24, 1914, *Wilson Papers*, Ser. 2; citado en: Hill, *Emissaries . . .*, p. 170-1.

<sup>158</sup> NAW, Lind a Bryan, feb. 24, 1914, 812.00/10965.

permanecían estáticos. Ya no sólo Lind, sino todas las legaciones extranjeras en la capital, temían lo que pudiese suceder. El embajador americano en Londres escribió al Departamento de Estado que Sir Edward Grey había ordenado a Carden que, con el fin de estar preparados para una posible emergencia, transportara directamente armas y abastecimientos desde la flota inglesa hasta la legación en la ciudad de México.<sup>159</sup>

Al conocer estos hechos, Lind propuso a Bryan enviar armas y hombres a la capital con el propósito de que los europeos no dominaran la situación y para que O'Shaughnessy no se humillara ante Huerta para obtener el permiso de entregar a la colonia americana las armas necesarias para su defensa. Además, sugirió otros planes: que el mayor Smedley Butler del cuerpo de marinos de Fletcher, al frente de un grupo de trabajadores petroleros, se apoderara de los dos cañoneros federales que estaban en Tampico y los entregaran a los constitucionalistas;<sup>160</sup> o que Arwin Astrath se apodera del "Zaragoza", cañonero huertista, a su salida de Nueva Orleans.<sup>161</sup>

Asimismo proyectó un acuerdo con Fletcher y Butler; un destacamento de la Marina norteamericana al mando del último se apoderaría de la capital, aprehendería a Huerta y lo entregaría a las autoridades mexicanas; la ocupación de la ciudad de México no sería vista como una intervención —afirmaba el agente— pues tenía como fin acabar con la anarquía reinante y restablecer el orden:

A mi juicio la situación es demasiado seria para permitir que Huerta continúe. No sólo está arruinando a México sino que también nos está envolviendo. Si no hay un cambio decidido para el 15, yo creo que deberá ser eliminado en 48 horas después de esa fecha. Puede hacerse y nuestros preparativos para tal fin son tan completos que creo se pueden lograr sin la pérdida de un solo americano . . .

No se necesitan órdenes formales excepto la autorización presidencial para proceder y todas las direcciones que pueda darme . . . Deseo expresar claramente que el único propósito que tengo al

<sup>159</sup> *Ibidem*, Page a Bryan, feb. 11, 1914, 812.00/10860.

<sup>160</sup> Ulloa, *La Revolución . . .*, p. 153; NAW, Lind a Bryan, feb. 5, 1914, 812.00-10792.

<sup>161</sup> NAW, Lind a Bryan, feb. 6, 1914, 812.00/10818, /10819; Louis M. Teitelbaum, *Woodrow Wilson and the Mexican Revolution, (1913-1916). A History of United States-Mexican Relations from the Murder of Madero until Villa's Provocation across the Border*, N. Y., Exposition Press, 1967, 436 p., ils., p. 105.

sugerir la expedición, es plantear ante Ud. un método positivo para eliminar a Huerta, en caso de que el plan ahora seguido demuestre ser demasiado lento para la prevención de complicaciones internacionales. La toma temporal de la ciudad de México, limitada a los propósitos de frenar la carrera anárquica de Huerta y dar al pueblo mexicano una oportunidad de reasumir ordenadamente el gobierno, no debe verse como una intervención...<sup>162</sup>

Por otro lado, el agente norteamericano intentó un acercamiento tanto de zapatistas como de carrancistas con los Estados Unidos y pidió autorización a Bryan para amenazar a los banqueros en caso de que pretendieran ayudar a Huerta, aunque prometiéndoles que de no hacerlo, los rebeldes respetarían sus intereses.<sup>163</sup>

Lind consideraba que la sola presión económica de los Estados Unidos no derrocaría a Huerta, pues éste contaba con muchos recursos para reunir fondos, tales como su proyecto de aumentar en un 100% los impuestos de importación a las mercancías norteamericanas con dos fines: obtener dinero y vengarse por el levantamiento del embargo.

Lind aseguró que Huerta obtenía ingresos mensuales de 10 millones de pesos por concepto de petróleo y de las aduanas del Golfo; que los bancos proyectaban concederle un préstamo de 24 millones de pesos en compensación por no haber establecido un banco nacional que emitiera papel moneda, y por último, que los especuladores también estaban dispuestos a facilitar fondos a Huerta a cambio de ciertas concesiones.<sup>164</sup>

También insistió en atacar al ministro inglés Carden, sobre todo porque creía que fomentaba una alianza anglo-japonesa para ayudar a Huerta. Por otra parte, agregó que habían llegado a la capital varios funcionarios japoneses para estudiar las finanzas de México y para que un consorcio bancario de su nación emitiera bonos para este país. Lind adujo que a pesar de no tener una base firme para acusar a Carden, éste trataba de que los japoneses proporcionaran cañoneros al gobierno federal. En este punto O'Shaughnessy estuvo de acuerdo, ya que conocía un informe de la legación japonesa a su país, el

<sup>162</sup> NAW, Lind a Bryan, marzo 8, 12, 1914, 812.00/11098, /11227.

<sup>163</sup> Ulloa, *La Revolución...*, p. 153; NAW, Lind a Bryan, marzo 25, 28, 31, 1914, 812.00/11326, /11327A.

<sup>164</sup> Ulloa, *Ibidem*, p. 150-1.

cual afirmaba que una gran parte de la costa del Pacífico en México era muy apropiada para la inmigración japonesa.<sup>165</sup>

A todo esto, Bryan contestó únicamente con un telegrama informando a Lind que el presidente Wilson todavía no pensaba en una acción inmediata. La insistencia del agente se puede atribuir al efecto causado por su larga permanencia en Veracruz; la intensidad del calor, la atmósfera tan cargada de suspenso, las frecuentes y alarmantes llamadas que recibía, contribuyeron a la ansiedad que reflejó en sus mensajes a Washington. Atribuyó a Huerta el asesinato del inglés Benton y el lento avance de los rebeldes; la amistad entre O'Shaughnessy y el dictador hacía cada vez más tensa su relación con el primero. Veía a los extranjeros más intranquilos que nunca y tuvo la plena seguridad de que el momento de la intervención armada había llegado.<sup>166</sup>

En marzo Huerta envió a su nuevo ministro de Relaciones Exteriores, José López Portillo y Rojas, a conferenciar con Lind en Veracruz. Durante la plática, el diplomático mexicano se refirió de Huerta con gran admiración e insistió en que un hombre como él era necesario para lograr la paz en México. Condenó la actitud de Wilson por no reconocer al gobierno provisional de la capital, y aunque habló bien de Carranza, fue muy amargo al referirse a los rebeldes.

Portillo y Rojas apeló por un cambio en la actitud norteamericana y a pesar de que la entrevista fue amistosa, sugirió el reconocimiento de Huerta, la restauración del embargo y el levantamiento del boicot financiero. A cambio de esto, ofrecía la garantía de que Huerta se retiraría después de las elecciones programadas para julio.<sup>167</sup>

Al informar a Washington de las proposiciones hechas por el ministro mexicano, Lind aconsejó rechazarlas de inmediato. Insistía en que era imposible y arriesgado confiar en Huerta y que la oferta para la reanudación de las negociaciones había sido diseñada únicamente para que los Estados Unidos no llevaran a cabo ninguna acción.<sup>168</sup> Wilson y Bryan estuvieron de acuerdo y a pesar de que el presidente informó a la prensa que Portillo y Rojas era un hombre honorable y sus propó-

<sup>165</sup> *Ibidem*, p. 151-2; NAW, Lind a Bryan, feb. 19, 25, marzo 6, 31. 1914. 812.00/10929, /10970, /11032, /11076.

<sup>166</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 258-60.

<sup>167</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 119.

<sup>168</sup> NAW, Lind a Bryan, marzo 19, 1914, 812.00/11218.

sitos dignos de consideración, ni siquiera instruyó a Lind para seguir en pláticas con él.

Por lo tanto, el diplomático mexicano regresó a la capital sin una respuesta formal a las proposiciones de Huerta.<sup>169</sup>

Entre el 3 de febrero (derogación del embargo) y el 9 de abril de 1914 (incidente de Tampico) se acentuaron las diferencias entre Lind y O'Shaughnessy. El primero creía necesaria la actuación de los Estados Unidos para forzar a Huerta a renunciar, ayudando directamente a los rebeldes o decididamente mediante la intervención militar. En cambio, el encargado de negocios pensaba que la solución a los problemas radicaba en un cambio de actitud de Wilson ante Huerta, aunque en última instancia también sugirió la intervención armada, aduciendo una causa diferente a la de Lind; acabar de una vez por todas con los desmanes revolucionarios.<sup>170</sup>

Poco después de la salida de Portillo y Rojas, el encargado de negocios llegó a Veracruz. Incapaz de eliminar sus frustraciones mediante una acción directa contra Huerta, Lind las desplazó atacando a O'Shaughnessy. Desde noviembre en que había fracasado en lograr la renuncia de Huerta, Lind comenzó a culpar al encargado de negocios de buscar una forma más honorable para que el dictador se alejara del poder. El agente había informado a Washington que O'Shaughnessy estaba actuando con debilidad y más tarde creció su sospecha de que seguía siendo muy amigo de Huerta, sobre todo por el hecho de que la señora O'Shaughnessy era muy cariñosa con el viejo dictador. Este, por su parte, los trataba con especial cuidado y les brindaba toda clase de atenciones.<sup>171</sup>

Lind pensaba que la deslealtad de O'Shaughnessy era inconsciente y que había sido subyugado por el respaldo que el gobierno provisional daba a la Iglesia, y además opinaba, que por haber permanecido tanto tiempo fuera de los Estados Unidos, le era imposible ya juzgar objetivamente la situación. De cualquier forma, O'Shaughnessy sólo permaneció dos días en Veracruz porque no soportó la agresiva actitud de Lind. El día que salió, el agente confidencial recomendó a Washington que dicho funcionario debía ser llamado inmediatamente, pero Wilson no lo llamó, ni dio señas de adoptar una política más vigorosa.<sup>172</sup>

<sup>169</sup> Hill, *Emissaries* . . . , p. 171-2.

<sup>170</sup> Ulloa, *La Revolución* . . . , p. 150.

<sup>171</sup> Hill, *Emissaries* . . . , p. 172.

<sup>172</sup> *Ibidem*, p. 172-4.

El exgobernador de Minnesota estaba desesperado. A lo largo de su estancia en México, todas sus negociaciones habían sido vanas, sus recomendaciones a Washington no tuvieron eco, la opinión pública mexicana lo menospreciaba e ignoraba y su misión se le antojaba cada día más inútil.

A pesar de la revocación del embargo, su esperanza quedó truncada al percatarse de que los rebeldes no lograban la victoria final y sus constantes sugerencias de intervención se estrellaban ante la impasibilidad de Wilson.

El 29 de marzo finalmente telegrafió a Bryan pidiéndole autorización para regresar a los Estados Unidos, ya que consideraba que Huerta continuaría indefinidamente en el poder y que sus labores podrían ser desempeñadas por los cónsules Canada (de Veracruz) y Shanklin (de la ciudad de México).

El presidente aprobó su decisión y por conducto de Bryan, agradeció a Lind sus servicios, invitándolo a Washington para intercambiar opiniones con él.<sup>173</sup>

Así, el 6 de abril de 1914, siete meses después de su arribo a México, John Lind y su hija Jemy abordaron el "Mayflower" con destino a Washington. Lind fue el instrumento de la primera acción wilsoniana en México y su regreso a los Estados Unidos confirmó el fracaso de la política americana.

A pesar de haber sido poco útil como mediador, Lind fue de gran ayuda para Wilson en otros aspectos. Había llegado a México desconociendo por completo el país y regresaba como el consejero número uno en asuntos mexicanos.<sup>174</sup>

Pero el destino le tenía preparada una nueva sorpresa. Esperanzado de permanecer sólo unos días en Washington y regresar cuanto antes a su querida Minnesota, el arresto del contador y siete marineros del ballenero americano "Dolphin" en Tampico (9 de abril), desató una cadena de acontecimientos que lo llevaron a permanecer en la capital norteamericana, no un par de días como pensó, sino varios meses más.

#### LA MISIÓN QUE NO TUVO RAZÓN DE SER

Sin lugar a dudas, John Lind fue un hombre de controversia. Inspiraba devoción entre sus seguidores y fuertes sentimientos de odio entre sus enemigos. La señora O'Shaughnessy lo describió como

<sup>173</sup> Stephenson, *op. cit.*, p. 261.

<sup>174</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 122-3.

un hombre con muchas cualidades naturales, dueño de un gran magnetismo; alto, erguido, de pelo color arena, inequívocamente escandinavo. Bajo las tupidas cejas, sus ojos azules de normando... Había aún algo de lincolnesco en su mirada y en sus maneras; pero su entrada en el escenario de México había sido ciertamente brutal y el ambiente le había resultado por completo extraño...<sup>175</sup>

Sin embargo, es importante puntualizar que la conducta de Wilson fue en gran parte dirigida por Lind. Tanto sus impresiones de Huerta como de Carranza eran el reflejo de lo que su agente pensaba acerca de ellos. Y a pesar de que Wilson tomaba en consideración la opinión de otras personas, éstas por lo regular, habían tenido contacto directo con Lind.<sup>176</sup>

A pesar de su exitosa carrera política en los Estados Unidos, la misión confidencial de John Lind en México estaba predestinada al fracaso. El exembajador Lane Wilson puntualizó años más tarde que éste se debió a tres razones:

1. Lind fue enviado a México sin carácter diplomático formal en un acto intervencionista en los asuntos internos de la nación;
2. su misión fue personalmente ofensiva para el presidente interino de la nación, y
3. exigió una elección constitucional imposible de llevarse a cabo en México, en las circunstancias que entonces prevalecían.<sup>177</sup>

Jamás pudo llegar a un acuerdo pacífico con Huerta y esto debido a la naturaleza de las proposiciones que traía, pero tampoco entendía la "vigilante espera" de Wilson y con tal motivo, poco después de su llegada a México, comenzaba a sugerir la intervención armada. Creía que si Huerta era eliminado, algún otro sería reconocido y activamente respaldado como su sucesor, y pronto se percató de que se requería algo más que dejar pasar unos cuantos rifles por la frontera para lograr un resultado efectivo.<sup>178</sup>

<sup>175</sup> O'Shaughnessy, *op. cit.*, p. 24-5.

<sup>176</sup> Rossiter, *op. cit.*, p. 95-6.

<sup>177</sup> Henry Lane Wilson, *Diplomatic Episodes in Mexico, Belgium and Chile*, Garden City, N. Y., Doubleday, Page Co., 1927, p. 333; citado en: Flores, *op. cit.*, p. 47.

<sup>178</sup> Rossiter, *op. cit.*, p. 95-6.

Sobre todo durante su permanencia en Veracruz, tuvo acceso a informaciones de la más diversa índole. Su ignorancia de la problemática mexicana y su propio fanatismo añadido a la sumisión a Wilson, le hicieron ver la situación de una forma especial, e interpretar todo en el sentido de que los Estados Unidos, al intervenir en México, obraban en pleno derecho y en bien de la libertad y la justicia.<sup>179</sup>

En cuanto a los muchos juicios que se han hecho acerca de su misión, las únicas diferencias radican en la variedad de adjetivos que se han aplicado a la palabra "fracaso". Y desde luego, si se mide de acuerdo con el grado en que Lind logró llevar a cabo sus instrucciones, este juicio no expresa sino la pura verdad. Sin embargo, conviene tener presente que los mensajes de Lind a Wilson y a Bryan, escritos casi a diario, deben de haber sido uno de los elementos de juicio más importantes para que el presidente americano apreciara los sucesos que estaban ocurriendo en México.<sup>180</sup>

Después de algunas malinterpretaciones iniciales, Lind fue conociendo México y sus análisis ciertamente mejoraron. Aún así, sólo percibió un lado de la escena mexicana, pues consagró sus esfuerzos para hacer patente que Huerta era la encarnación del mal. Lind no llegó a México para buscar la más deseable de las soluciones; llegó para encontrar la manera más efectiva de echar a Huerta del poder.<sup>181</sup> Años después afirmó:

... estoy convencido de que si se hubiera reconocido a Huerta y se le hubiera proporcionado la oportunidad de tomar prestado todo el dinero que Europa le hubiera podido prestar, no habría establecido la paz en México. Se puede decir que tuvo dinero en abundancia si se compara con lo que tuvieron los constitucionalistas. Obtuvo, de diferentes maneras, y gastó más de doscientos millones de pesos durante su breve administración, pero no obstante, no pudo obtener ninguna ventaja contra los constitucionalistas, aunque éstos carecían casi por completo de fondos.

... La eliminación de Huerta era necesaria a los intereses del pueblo mexicano. La eliminación de la clase directora del gobierno mexicano bajo sus órdenes, era necesaria no sólo para los intereses de México sino también para los Estados Unidos.<sup>182</sup>

<sup>179</sup> Lara Pardo, *op. cit.*, p. 71.

<sup>180</sup> Harrison, *op. cit.*, p. 603.

<sup>181</sup> Grieb, *op. cit.*, p. 123.

<sup>182</sup> John Lind, *La Gente de México*, traducción: J. M. Coéllar, Veracruz, Se-

Analizando los problemas de la sociedad mexicana, los informes de Lind estuvieron muchas veces equivocados. Consideraba que el pueblo mexicano era esencialmente agricultor, pero que desde la llegada de los españoles había sido desposeído de sus tierras, y afirmó: "... Esta es y será la causa de las revoluciones en México mientras no se arregle esa cuestión".<sup>183</sup> Evidentemente, el enviado americano ignoraba por completo que muchas propiedades agrícolas habían sido adquiridas en los últimos 50 años, durante los regímenes de Juárez y Díaz.

Como anticatólico ferviente, negó cualquier actitud positiva de la Iglesia en la sociedad mexicana, afirmando que el clero era poco menos que un agente de represión. Pensaba que si un hombre quería triunfar en México debía cooperar con la Iglesia y sugirió que la Revolución se debió en parte al poder que perdió aquélla sobre los mexicanos.<sup>184</sup>

En cuanto a la capital mexicana, Lind consideraba que ésta había sido durante siglos el centro del gobierno y de la opinión pública:

Hogar de intrigas y corrupción y es, en su arrogancia, en su riqueza, en su ética moral y política, donde se nota que la ciudad de México es la capital más degradada de todo el mundo... El ejercicio del poder y la recompensa al apetito son los factores permanentes que controlan sus actividades.<sup>185</sup>

Erróneamente, Lind ignoró toda influencia local y dividió al pueblo mexicano en dos grandes grupos geográficos: norteños y sureños.

Cuando llegué a México en mi reciente viaje me encontré con que la parte del país que he designado con el nombre de México del Norte, se hallaba en estado de rebelión contra la autoridad que Huerta presumía ejercer en el sur...<sup>186</sup>

cretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1915, 34 p., p. 13, 27-8. John Lind escribió este libro dos años después de su misión en México. En él intentó esbozar la situación geográfica del país, sus orígenes étnicos, su historia, etcétera. De un modo tradicionalista condenó el carácter destructivo de la Conquista y explicó el porqué de la hostilidad de los mexicanos hacia los españoles. (Vid. Eugenia Meyer, *Conciencia Histórica Norteamericana sobre la Revolución de 1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970, 236 p., p. 52-3.)

<sup>183</sup> Lind, *op. cit.*, p. 14.

<sup>184</sup> Hill, *Emissaries*..., p. 126-7.

<sup>185</sup> NAW, Lind a Bryan, nov. 15, 1913, 812.00/9760.

<sup>186</sup> Lind, *op. cit.*, p. 12-3; Hill, *Emissaries*..., p. 127-8.

Aun cuando nunca estuvo en el Norte de la República, desarrolló la creencia de que con excepción de los ricos terratenientes y las clases profesionistas del Sur, los del Norte eran decididamente superiores, tanto en potencial intelectual como económico: "Es absolutamente inútil esperar un gobierno ordenado en manos de los mexicanos del Sur", escribió a Bryan poco después de que Huerta asumió poderes dictatoriales, haciéndole ver asimismo que sólo los nortefños podrían lograr la paz.<sup>187</sup>

Más que una diferencia racial entre ambos grupos, Lind afirmó que la proximidad del Norte de México con los Estados Unidos, había sido definitivamente determinante. Los mexicanos del Norte tuvieron la oportunidad de ponerse en contacto con las ideas e instituciones anglo-americanas y los más afortunados habían incluso vivido en los Estados Unidos, y ellos o sus hijos pudieron asistir a escuelas norteamericanas. El resultado de esto fue que los mexicanos se apropiaron de las ideas progresistas de aquel país.

Lind naturalmente asumió que el fervor revolucionario de los constitucionalistas se debió al contacto que tuvieron con la ideología norteamericana. Su revolución, escribió a Wilson, fue el intento de "seguir los pasos de la marcha de nuestro pueblo".<sup>188</sup>

Lind pensó honestamente que México sufría de los mismos males que él trató de erradicar de los Estados Unidos durante su carrera pública: un régimen político corrupto (en este caso, el gobierno provisional de Huerta), sostenido por una facción privilegiada, interesada exclusivamente en la industria (en este caso, los concesionarios británicos) y que no tomaba en cuenta los verdaderos intereses y necesidades del pueblo. Pero él tenía fé en que estas malignas condiciones podrían ser eliminadas por un grupo (en este caso, los constitucionalistas) que trabajase dentro de los lineamientos democráticos. Por tal motivo, Lind aceptó y promovió la intervención militar americana en México, con el fin de establecer una democracia liberal capitalista.<sup>189</sup>

<sup>187</sup> Hill, *Ibidem*, p. 128.

<sup>188</sup> *Ibidem*.

<sup>189</sup> Hill, "The Progressive . . .", p. 372.

Mientras que teóricamente su razonamiento fue altruista, en la práctica fracasó, al igual que su presidente, al no percatarse de que el precio de su realización —el control norteamericano sobre la Revolución Mexicana— era más de lo que el pueblo mexicano estaba dispuesto a pagar.